



Rosamel del Valle

Las llaves invisibles

Zig-Zag

LAS LLAVES INVISIBLES

1090

AAA3534
C1

BIBLIOTECA DE ESCRITORES CHILENOS
publicada bajo la dirección de
HERNÁN DÍAZ ARRIETA

* * *

VOLUMEN XVII

Es propiedad. Derechos reservados para todos los países de habla española. Inscripción N.º 11391. Copyright by Empresa Editora Zig-Zag; S. A. — Santiago de Chile, 1946.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
Santiago de Chile, 1946

ROSAMEL DEL VALLE

**LAS LLAVES
INVISIBLES**



Z I G — Z A G

96077

Portada de Gustavo Carrasco Délano

A N A L E N Q U I N

o La llave de la Noche

*“Ya todo se oscurece, ya las puertas
Se abren de par en par...”*

Tennyson.

Se detuvo a respirar profundamente.

Al fin veía otra vez aquella casa perdida en el bosque y tan semejante a una lámpara entre los árboles del anochecer. Miró hacia atrás y le pareció que cerca de allí la aldea empezaba a replegarse en sí misma al tenue contacto de la sombra. Dos años antes se había detenido en aquel mismo sitio y mirado también hacia atrás, hacia las pequeñas manchas ardientes donde algunos seres apenas si saben qué cosa es la vida a su alrededor. Casas hechizadas junto al camino por donde todos pasan, pero en el que nadie se detiene, debido tal vez a la proximidad del extraño bosque que lo circunda y cuyo cántico secretamente rumoroso invita al viajero, más que a detenerse, a pasar de largo sin conocer de cerca el encanto turbador que lo agita.

Dos años antes. Ahora unos pasos más y su mano no poco temblorosa llamaría a una puerta y en el umbral aparecería de repente una luz o un abismo. Nada sino una de las dos cosas.

Su andar era pesado, lo que le causó cierta turbación, ya que le dificultaba aspirar mejor el aire y sentir más adentro ese polvo un poco húmedo todavía que las últimas lluvias habían enredado lentamente en la retirada y con el que parecía salir a flote el misterio vivo y estremecedor de esas tierras tan inclinadas hacia el lado del olvido. Alivianó el paso y dejándose encantar por el

anochecer revivió en lo hondo de sí mismo aquella otra fuga de la tarde en que un suceso inesperado lo hizo sentirse cerca de la dicha, pero al que él, como todos los hombres inseguros, no supo o no pudo abrirle las puertas en la media luz no poco agitada del alma. Tantas cosas semejantes a ella que suelen atravesarse en el camino, tantos fantasmas que la preceden como circundándola con una aureola invisible y cuya presencia hace que el ser se repliegue rechazándola. ¿Cuántas veces le pareció despertarse en el día que debía traérsela? Pero su noche era demasiado larga y demoraba en apartar los obstáculos de la hondura para salir, al fin, a la zona donde todo luce y se mueve en una especie de simple, aunque turbador encantamiento.

Hasta que una vez, como en los sueños, o como en la salida de los sueños, su existencia retraída se abrió bruscamente ante una sombra que parecía arder en aquellas soledades poco propicias para el fuego. Y Ana Lénquin fué lo que esperaba su miedo. Ana Lénquin surgió de aquella casa perdida en el bosque.

Siguió cómo quien atraviesa un puente tomado de hilos invisibles. La tierra empezaba a hacer salir los sonidos, a pasear los habitantes nocturnos, a ensayar los leves coros con que sus hijos se aprestan a vivir favorecidos por el misterio, debajo de cuyos velos es difícil precisar si vagan a ciegas o si danzan. El conocía ese encantamiento. Pero ahora le pareció un poco más enredado en fuerzas mágicas, ya que el polvo húmedo, las hierbas y

hasta las piedras empezaron a adquirir de pronto el resplandor con que las cosas se rodean lentamente en el alba. En verdad, todo brillaba demasiado. Todo, menos su corazón temeroso.

*

* *

Continuó acercándose con firmeza. Le extrañó encontrar abierta la puerta de la verja y mucho que de pronto se abriese la de la casa, dando paso a la luz de la lámpara. Le pareció que un anillo rodaba a su encuentro. Pero no podía detenerse. Había que meterse en él y llegar hasta el umbral.

Ana Lénquin elevaba su figura detrás de la lámpara, sola, petrificada a la vista de aquel hombre a quien creyó reconocer, pero al que veía a una pavorosa distancia.

—¡Esteban! —dijo, llevándose las manos a la frente.

La luz le dió con mayor fuerza y los dedos le brillaron en esa curiosa nada de los muertos.

La voz de Ana Lénquin no había cambiado mucho. Era el mismo rumor lejano, tenue, aunque ahora un poco arrastrado. Le pareció semejante a esa voz que suele surgir de entre matorrales y que empieza por hacerse oír con intermitencias para elevarse al fin formando una especie de cántico perdido y profundo. El canto de las raíces, tal vez.

Entró lentamente y se afirmó en la mesa, con la

mirada fija más en la lámpara que en el rostro que no cesaba de contemplarlo desde el otro lado. También ella bajó las manos para apoyarlas en la mesa, de modo que la luz formó una especie de muro transparente entre los dos.

Era la misma Ana Lénquin, sin duda. Le pareció descubrir uno que otro rasgo en el semblante, de seguro en la boca donde los labios se unían con un dejo de melancolía. En un tiempo fueron encendidos. Lo recordó bruscamente y se oyó pasar la sangre por las venas. La frente amplia dejaba ver dos o tres rayas horizontales finamente pronunciadas y la disminuída blancura con que se unía a los cabellos partidos al medio. Y en los ojos, tal vez. Aquel negro profundo brillaba aún con tanta fuerza al moverse cerca de la lámpara que se vió obligado a bajar la cabeza.

—Ana —dijo.

Y le pareció que no le oiría. Movi6 la cabeza y los hombros le cayeron sueltos, como a lo largo del cuerpo.

Y en verdad, Ana Lénquin no le oyó. Su pensamiento luchaba por librarse de la obscuridad. Espesas sombras subían y bajaban en escalas y algunas veces la estremecía una débil claridad, una especie de tiniebla rasgada de pronto sobre la memoria.

¿Quién era, al fin, ese hombre? Lo sabía, ciertamente. Ese rostro era el de Esteban Blira. Lo había visto llegar a su vida y detenerse en ella como llega la noche a la colina y tiende desde allí el viento liviano y el claro-

oscuro que confunde por largas horas la diafanidad del contorno. O simplemente como esos sueños que se quedan vibrando durante días en la memoria hasta que desaparecen sin dejar rastros.

Esteban Blira le era como un ruido. Se había adentrado en ella y tanto que su vida se dobló en un estremecimiento junto a la suya. Pero desde ahí todo empezó a cambiar con lentitud y extrañeza. Y ese hombre con paso de fantasma se fué haciendo algo así como un ruido en su vida. Apenas solía detenerse un instante en el golpe de la memoria, he ahí que ese ruido la despertaba de pronto para hacerse oír en las hondonadas del alma y del cuerpo. Pero solamente para hacerse oír, tan pronto se borraba de ella toda lumbre de su llegada o de su paso.

Ahora estaba allí otra vez, menos lejano, menos borroso y por completo despojado del terrible misterio. Ya no era la ola de un fuego fatuo o la señal en la tiniebla de la memoria. No. Ese rostro y ese cuerpo eran Esteban Blira. Y ella le pertenecía. Ella había caído en esa hoguera donde en vez de llamas crecían, por ejemplo, raíces de alegre y pavorosa hondura.

Pero él la había perdido. Y eso fué otro sueño. Como quien pierde la sombra. Como quien, en una carrera nocturna, gira de pronto hacia un lado con la idea de salir de lo oscuro directamente hacia el día.

¿Y qué hacía ella con el oído fijo en ese golpe?
¿Era posible estarse allí sin hacer movimiento alguno,

sin tratar de arrojarse en esos brazos oscuros e indecisos debajo de la luz?

Una nueva tiniebla rasgó el espacio en alguna parte, en algún punto detrás de su alma. Aquel hombre la había abandonado.

En adelante el mundo se redujo a ella y la tierra, a ella y la muerte. Toda la cólera familiar estalló ni más ni menos que como la tempestad. La madre y el hermano se sintieron morir aplastados por la desgracia. Y ahora allí el rumor, la hojarasca del tiempo y la memoria.

¿Existía el mundo afuera o todo se había precipitado en un abismo? Le hubiera gustado sentirse sola para asomarse al lado afuera a ver por sus propios ojos la claridad de los árboles quietos, el espectro de la colina y las rayas blancas de los senderos por donde al mediodía los niños de la aldea bajaban cargados con leña y persiguiéndose unos a otros. Ver eso y lo demás. Verlo y no sentirlo desaparecer de pronto, como ahora, desde allí dentro, frente al fantasma un poco carcomido de Esteban Bliira.

Pero todo se redujo a un extraño movimiento de las manos, a un torpe y turbador acto de alejar cosas invisibles en el aire.

—Debes irte —respondió, con voz firme y sin quitarle los ojos de encima y como si ningún pensamiento favorable le tocara el alma.

—Ana —balbuceó de nuevo él, y estiró las manos alrededor de la lámpara.

Ana Lénquin retiró las suyas bruscamente, dejándoselas rechazadas, solas, náufragas en el centro de la luz. En otras circunstancias ese juego hubiese sido acompañado por risas y exclamaciones de gozo, como sucede en la intimidad del amor; pero ahora no fué más que la angustia de un acto sin sentido.

—¡Vete! —dijo ella de pronto y dando paso a un sentimiento inflexible.

—No, Ana. ¡Antes no! —replicó él, sintiéndose incapaz de contener la idea que le roía en lo hondo.

—¿Antes *de qué?* —interrogó prontamente y movida por la antigua cólera de los Lénquin.

Esteban se sintió desfallecer. Ese estado de ánimo de Ana era conocido en toda la comarca. Los Lénquin, antigua familia compuesta por seres extraños y de la cual no quedaba ya más que la de esa casa perdida en el bosque, eran considerados, favorable o desfavorablemente, más que por los rasgos de su prestigio familiar, por los de su carácter hosco e irascible a toda prueba. Fué, pues, la "cólera de los Lénquin" la que hizo aparecer de pronto a una Ana transformada, inflexible y predispuesta a la total destrucción.

Su amor por ese Esteban Blira había sido uno de los últimos golpes sobre el orgullo familiar y la débil Ana fué reducida a castigarse a sí misma, a expiar, a perecer día a día en el más completo olvido de ese hombre condenado de antemano a cruzar el umbral terrible de la casa de los últimos Lénquin.

El la amaba de veras y en consecuencia se apresuró

a dejarse admitir en la familia. Pero Ana cometió la torpeza de revelar el secreto a su hermano. Aquella pasión avanzada hasta los extremos volvió loco a Marcelo Lénquin. ¿Burlada? Y bien, peor para ella. Ese Blira no compartiría jamás la casa perdida en el bosque y a la que no había sabido llamar con dignidad a la puerta. Y esa Ana Lénquin no vería por el resto de sus días al que la había seducido. ¿Extraña determinación? Tal vez. Los Lénquin tenían su vida y la ley Lénquin era la única ley en permanente vigencia bajo el alero familiar.

Esteban comprendió lo que le esperaba alrededor de Ana Lénquin. Y sobre todo junto a la conciencia primitiva de Marcelo. Y sin saber lo que hacía, huyó.

Pero el recuerdo de Ana se le transformó en un poderoso fantasma. Su vida tomó la forma de una casa deshabitada por cuyas habitaciones y pasillos Ana vagaba día y noche. La oía abrir y cerrar puertas, cruzar de un lado a otro, jadear enloquecida y más de alguna vez hasta creyó que otros fantasmas la castigaban y que ella le pedía socorro a grandes gritos.

Eran turbios pensamientos, hasta alucinaciones, en verdad. Pero la pasión desdobra la realidad y la ilusión enloquece la mente más firme.

Hasta que Esteban, ese Blira reducido a la angustia, tuvo que decidirse a volver a la casa perdida en el bosque. Sabía que allí nadie le escucharía ya, pero lo hizo.

*

* *

—¿Antes de qué? —repitió la voz encolerizada.

Pero él no lo sabía ya. Había pensado en ese recibimiento y hasta lo imaginó más terrible. Irguió el busto y le temblaron un poco los brazos donde la luz le cayó como una garra.

—¿Estás sola? —preguntó, sin sentido.

Pero Ana respondió apenas con un movimiento de hombros, como hubiese respondido una mujer a quien él no había visto nunca y a la que le dirigía la palabra por casualidad. Luego se dirigió a un rincón, parapetándose detrás de una silla y afirmando las manos en lo alto del respaldo.

Esteban la siguió con la mirada. Se había ubicado justamente entre una pequeña mesa blanca en cuyo centro, fuera de otras cosas, se veía un jarrón con las primeras flores de septiembre, y un mueble del mismo color de la mesa del centro y donde se alineaban algunas copas y tazas.

—¡Vete! —repitió desde allí.

Y él, como un niño:

—¿Estás sola, Ana?

Solamente entonces reparó en que Ana vestía de negro. Y empezó a comprender.

—¿Ella? —preguntó.

—Sí —respondió después de un instante, olvidándose de sí misma y quitándole la vista.

Delante de cualquiera otra persona se habría puesto a sollozar en el acto; pero frente a Esteban sintió que sus sentimientos retrocedían alma adentro, defendiéndose.

Hasta llegó un momento en que estuvo a punto de no ser una Ana Lénquin, sino una Ana cualquiera a quien un amigo le recordaba a la madre muerta y delante de quien podía sollozar libremente. Pero eso duró poco. Se le obscureció de nuevo el rostro, aunque no dejaba de pensar en lo que habría dicho en tal caso, sin detenerse y entre lágrimas: "...que había caído a la cama al terminar el verano, justamente al empezar los primeros fríos; que la casa se estremecía entera; que..."

Pero la voz de Esteban la interrumpió:

—Ella... ¿Y Marcelo?

Tal como apartaba las ramas de espino en los senderos de la colina, apartó bruscamente de sí las imágenes que empezaban a envolverla y a ablandarla. Y volvió de nuevo a su barricada.

—Luego estará aquí —dijo, lo que la hizo aparecer como una verdadera Lénquin, ya que la boca se le contrajo en la media luz.

—¡Ah! —susurró él, desde muy adentro, y volvió a su silencio.

Pero Ana estaba acosada por sus pensamientos contradictorios. ¿Qué habría dicho en ese caso? "...que

Marcelo y ella no dormían por cuidarla; que las cosas andaban mal, pero no había más remedio que atender a la madre enferma; que ellos la recibieron en los brazos, al final, cuando se deshizo en un último gemido...; que las gentes vinieron en procesión a la casa (a pesar de cuanto las separaba de los Lénquin) cargadas de flores y lágrimas, eso es, de flores y lágrimas; que en la tarde del primer día de invierno la llevaron hasta la aldea, donde reposa ahora dentro de un hoyo blanco, blanco y que apenas se ve a causa de la hierba y las flores que lo rodean; que...”

Nada más. Eso era todo. Y allí estaban los dos últimos Lénquin, solos en la casa perdida en el bosque. ¡Y qué deseos de contarlo! Pero era imposible. Sí, era imposible.

*

* *

Esteban avanzó entonces resueltamente hacia Ana. ¿Qué significaba eso? ¿No era suya Ana Lénquin? Diría, pues, lo que tenía que decir. Al fin de cuentas la madre Lénquin estaba lejos con su cólera y todo. Y Marcelo no era más que un ser humano como él. Habría que entenderse de a'gún modo.

Ana lo rechazó firmemente valiéndose de la silla y mirándolo con fijeza. Hasta murmuró algunas palabras, las que no se oyeron. La noche conocía a Ana y se encargó de echarlas hacia afuera.

Aunque había recobrado por completo el ánimo, no hacía más que perderse a sí mismo al acercarse y devorar con los ojos a esa Ana Lénquin del olvido, a ese cuerpo que un día había sido suyo y cuyo hechizo nunca pudo dejar de amar y desear aun cuando solamente se le acercara como un fantasma. ¿Lo era todavía?

Y recordó con violencia el día del amor, el único día del amor y el otro. El primero, en un atardecer, en plena primavera. En su casa de madera junto al río y fuera del alcance de la ley de los Lénquin. Y el otro, el arrepentimiento de Ana. La confesión al hermano. La cólera Lénquin. La penosa ceguera. La fuga.

Pero todo estaba lejos. Ahora el mundo podía ser Ana Lénquin y él. Nada más. Sólo que ese mundo parecía demasiado oscuro hasta allí.

—Ana —suplicó, deteniéndose.

Y otra vez la respuesta, inflexible como la soledad de la noche afuera. De nuevo la sangre hizo ruido. ¿Y si se pusiera a hablar, a decir en alta voz cuales eran sus propósitos? Pero nadie le escucharía. Aquella Ana era de piedra y olvido.

De pronto vió todo oscuro. Y arrancándole la silla, tomó a Ana por los brazos buscando esa boca que lo rechazaba desde lejos. Ana se soltó bruscamente y corrió hacia el otro extremo de la pieza, junto a una puerta. Jadeaba y le brillaban los ojos tanto por el peso de la luz que pareció seguirla, como por el de la conciencia

arrebatada de aquel hombre cuya imagen había muerto definitivamente en su memoria.

El la siguió hasta rodearla con sus brazos. La lámpara parpadeó como si el bosque hubiese estirado de pronto las manos hacia adentro. Luego se oyó un ruido seco y alguien se detuvo en el umbral.

—¡Ana!

La voz salió de la tierra. Esteban soltó bruscamente los brazos que luchaban por rechazarlo. Pero el recién llegado saltó sobre él y ambos rodaron pesadamente a los pies de la mesa con las flores.

Sintió en la garganta el calor de esas manos que tal vez no se detendrían tan pronto. Le pareció haber caído al agua. Muchas personas venían a socorrerlo, pero hablaban y hablaban sin acercársele. La noche se había roto, no cabía duda. Y toda su fuerza en desequilibrio lo aplastaba hasta sumergirlo en un fondo de lodo y piedras calientes. Aquello podía ser el fin. Ni tiempo para pensar en la sombra de Ana Lénquin que, sin duda, estaba allí, próxima a él, no sin estremecerse. Ana Lénquin. . .

Las garras apretaban más y más y todo se hacía negro, tan negro que nada se podía distinguir. Aunque no todo. A lo lejos, tal vez mucho más allá del bosque y bordeando el camino, se extendía una pradera de color inconfundible y donde la luna hacía revivir las hierbas lustrosas y tenuemente movidas por el viento arrastrado de la noche.

Esa dulce visión duró pocos instantes.

Las manos de Marcelo Lénquin hacían el ruido del segador que mueve la hoz, acompañándose de una especie de cántico interior que le enciende de antemano las gavillas. Todo debe caer bajo esa hoja de fuego que sube y baja sin cesar. Y el terror de las manos de Marcelo Lénquin era como eso. Nada qué hacer, sino dejarse devorar por esa sangre enloquecida que había saltado sobre él desde el precipicio de la noche.

Pero de pronto divisó una pequeña claridad, una lámpara que venía hacia él. La esperó con la ansiedad del naufrago o del condenado a muerte que reúne sus últimas fuerzas para creer todavía en el milagro. Hasta que la vió llegar al alcance de sus manos. Las estiró ávidamente y sus dedos tocaron un nuevo calor, una tibieza que le devolvió al instante las fuerzas destrozadas. Abrió los ojos y se estremeció al saber que volvía lentamente al mundo y que las sombras empezaban a retroceder, tal vez hasta el olvido.

—Marcelo —balbuceó, incorporándose a duras penas.

Pero éste no le oyó. Atendía a la hermana cuyos ojos lo miraban con extrañeza y sumisión y como tratando de hacerse perdonar una falta que no había cometido.

La tenía tomada de los brazos y ella sentía también el fuego devorador de esas manos endemoniadas. Pero la soltó con suavidad y meneando la cabeza, sin duda desarmado de repente, ya por el cansancio o por alguna idea que empezaba a dominarlo desde adentro.

¿Otra vez aquel hombre? ¿Y otra vez sobre Ana? Se sintió desfallecer.

El silencio era absoluto. Y afuera, nada más que la noche.

*
* * *

—Marcelo —dijo otra vez Esteban.

Marcelo Lénquin acudió a él y le ayudó a incorporarse. ¿Qué otra cosa hacer ya? Era el destino. Ese hombre no era culpable de nada, absolutamente de nada. No fué él quien trajo la desgracia a la vieja casa de los Lénquin. ¿Por qué no supo dominar su endiablada sangre para tender la mano a ese Bliira que los había burlado, pero que se había demostrado dispuesto a reparar el error? Nada hubiese sido más fácil, verdaderamente. Ahora aquella mujer, tan sumisa y tan sola sobre la tierra, era en verdad la desgracia. Sí, la desgracia se llamaba ahora Ana Lénquin. Pero todo pudo quedar en ese punto, en ese nuevo error, en esa turbulenta desdicha. Sin embargo...

¿Por qué vuelven las cosas? ¿Por qué nada termina para siempre? El olvido parecía haber entrado y tomado posesión de la casa. Pero he ahí a ese hombre que volvía sobre sus rastros.

Lo sentó junto a la mesa y volvió a donde estaba Ana, al otro lado de la lámpara.

Afuera la soledad se había petrificado. Nada se

movía en medio de esa bella y angustiosa claridad de la noche, que hubiera permitido ver hasta los nidos ocultos entre las ramas de los árboles.

Pero aquella escena debía terminar.

—Habla —dijo entonces Marcelo Lénquin, mirando fijamente la luz.

Ana se estremeció. ¿Qué era lo que sucedía allí? ¿Quién era ese hombre que parecía un montón de tierra sobre la silla y cuyos pies parecían temblarle dentro de las botas? ¿Esos dedos pálidos estuvieron a punto de herirle la carne, tal como su aliento casi devorador pudo ahogarla? No lo sabía. Los suyos eran pensamientos sin sentido y sombras profundas le atravesaban de pies a cabeza. Eso era el olvido, tal vez. ¿Y esos ruidos lejanos, tan lejanos que solamente ella oía y que salían del mismo corazón de la noche?

—Habla, pues —insistió Marcelo Lénquin, esta vez con energía.

Pero Esteban Blira parecía mirar hacia un vacío, tal vez hacia los días en que el corazón empezó a inclinarse por el lado de Ana. Se veía ciego a la siga de ella. ciego y feliz sobre la tierra y bajo el cielo de la comarca en cuyo cántico misterioso le era fácil reconocerla y amarla para siempre.

Sin embargo, había llegado la hora de aceptar que todo eso no había sido sino un sueño. Un sueño bello y pavoroso.

El aire cada vez más liviano de la noche le dió en

las sienes. Lo sintió entrar por la puerta abierta, a uno o dos pasos de distancia de él.

*

* *

—No pude evitarlo, Marcelo —dijo levantando la cabeza y clavando la mirada en Ana, en esa Ana a quien le parecía ver a insalvable distancia—. ¿Recuerdas que prometí volver?

—A mí, no —interrumpió Marcelo.

—Es verdad, a ti nada. A Ana, sí. Ella lo sabe.

—¿Qué me importa eso?

También era verdad. Había empezado mal. A un Lénquin no se puede llegar por ciertos caminos. A aquel hombre ciego de ira no era fácil hacerle entrar en el camino de los sentimientos. Era el último ser de una especie colérica que durante años y años se había debatido bravamente en la soledad heredada, en contra y por encima de toda la comarca. Jamás se vió a alguno de ellos ir de visita a las propiedades vecinas. Sus raros huéspedes eran siempre gentes semejantes a ellos en todo, desconocidos, extraños, que llegaban y se iban sin dejar nada detrás de sí para el apetitoso comentario de los habitantes del contorno. La casa misma, esa casa blanca perdida en el bosque, se presentaba poco franqueable a la vista de los señores o de los aldeanos.

¿Cómo, entonces, se había atrevido a hacerlo él, venido casualmente a las obras de ingeniería que se eje-

cutaban sobre el río y de cuyo encuentro con Ana Lénquin nadie se había enterado? Y en verdad, ni siquiera podrían imaginárselo.

Ciertamente, esa pasión y sus consecuencias casi catastróficas habría sido un gran tema para los sentimientos hostiles de la vecindad. Pero el alma un poco extraña también del ingeniero había sabido construir ese amor con los mejores materiales de la prudencia. De ese modo su estada en esos medios lo hizo pasar desapercibido de todos y su partida no pudo constituir sino un hecho natural y sin mayor importancia. Se le recordaba, eso sí, puesto que el puente nuevo era una maravilla y el talento y el trato del que lo había construido permanecían vivos aún en la admiración de las gentes.

¿Pero que era todo eso al lado de su pasión por Ana Lénquin?

En dos años no había hecho más que crecer, apretarse dentro de los menores ovimientos de su alma tempranamente obscurecida. Hasta había soñado con hacerse querer por ese bosque de los Lénquin y levantar algún día una casa nueva un poco más próxima a la colina, casi en la falda donde en ese mismo instante vagaba perdido y solo el viento de la noche.

Sueños, solamente sueños.

*

* *

Hizo grandes esfuerzos por aprovechar la tregua que le ofrecía Marcelo y explicarse. Empezó a hablar

como el viajero a quien se le ha brindado un instante de reposo y al que interrogan buenas gentes a quienes él responde desde lo hondo desnudándose de toda mentira.

No hubo maldad en lo sucedido, él lo juraba. Todo en su vida fué recto y jamás sintió inclinación alguna por causar daño o por interrumpir el prestigio o la tranquilidad de nadie. El destino lo había traído hasta esas bellas tierras a las que él aportaba la útil fantasía del progreso. Y ese mismo destino lo hizo encontrarse con Ana Lénquin. Pero él se sintió responsable de todo y se apresuró a presentar la demanda de matrimonio. Entonces sucedió algo que no se pudo explicar: las puertas de la casa de los Lénquin se le cerraron, con estrépito. La colera de los viejos Lénquin, de la cual había oído hablar, fué mucho más fuerte que el amor. Por supuesto, no pudo ver más a Ana. (A esa Ana, estuvo a punto de agregar, que nada haría sin el peso virtual de la ley Lénquin). Pero había vuelto para insistir. Y eso por amor y porque creía tener derecho a plantear esa insistencia. Eso era todo.

Cuando terminó de hablar levantó la cabeza hacia las dos sombras que le habían escuchado. Los ojos de Ana parecieron revivir y hasta creyó ver en ellos cierta lucha entre la claridad y las tinieblas, como si sus palabras hubieran despertado en ella el recuerdo. Pero lo que le dió más ánimo fué la tranquilidad del rostro de Marcelo Lénquin, cuya mirada fija en la lámpara se había

vuelto mucho más clara, más simple, más humana y como si tan dolorosas explicaciones lo hubiesen sacudido de pronto hacia la razón.

Pasó un momento todavía. De pronto Marcelo dió algunos pasos, tomó una silla y fué a sentarse al otro lado de la mesa. "Ese es su asunto", pensó. Ana permanecía de pie en el rincón. "¡Ah!", dijo después y la frente se le llenó de arrugas. Volviéndose hacia Ana vió que el brillo de los ojos la hacía verse más bella que nunca. El recuerdo empezaba a desarmarla, sin duda, como a él mismo, y algo así como un sol tenue le dió de pronto en el alma. Ahí estaba toda la verdad. Ella había amado a ese hombre. Y lo amaba aún, no había que dudarlo. Mas, ¿cómo comprenderlo?

—Ana —dijo, con no poca suavidad en la voz.

Pero ella no podía responder, ni siquiera oír. Una luz blanda la estremecía hasta llegar a parecerle que le sería imposible contenerse de correr hacia Esteban y echársele en los brazos. Allí, donde estaba el amor aunque nadie lo veía.

La voz de Esteban Blira saltó, afligida y gozosa a la vez:

—¡Ana! Yo lo sabía. Vuelves en ti. Debes hablar. Habla, Ana.

Pero apenas entreabrió los labios, volvió a cerrarlos. Una mano fría la había tocado en la frente. A esa se sumó otra y otras, hasta que el hielo la penetró confundiénndola en una verdadera atmósfera de nieve y piedras donde todo empezó a palidecer y a caerse.

La casa había desaparecido y ella estaba allí, sola, en el centro del bosque. Los miles de ojos del cielo la envolvían hasta deshacerla por completo sobre la nieve.

Dió un gemido y se tumbó como una sombra desdoblada en el rincón.

Los dos hombres saltaron rápidamente y la tomaron en brazos. Estaba helada y una especie de rocío le caía en cascada desde la frente.

Aquel hecho imprevisto sirvió de breve punto de enlace entre esos dos seres tan extraviados en sí mismos y se pusieron a ir y venir de un lado a otro, atinando torpemente a una y otra cosa que pudiera hacer volver a Ana.

Hasta que pasados algunos minutos se abrieron de nuevo los ojos de Ana Lénquin, ahora temblorosos y como velados por el viaje del desvanecimiento.

Apenas se repuso y cuando se creía que la tranquilidad había vuelto, Ana empezó a suspirar y a quejarse suavemente y sin apartar un segundo los ojos de Esteban. Era una mirada honda y lejana, a la vez, con la que intentaba decir o explicar algo. Intraducible lenguaje, en verdad, que sobresaltó a Esteban mientras trataba inútilmente de comprenderlo.

El también la miraba, instándola a abandonar ese lenguaje de tinieblas para hacerse entender, fuera lo que fuese lo que tenía que decir. Mas ella seguía absor-ta, tocando con fuerza en hondura, fija en esa alma que ahora parecía reconocer. Pero Esteban Bliira era un ser humano como cualquiera otro y no podía salvar los

obstáculos de la adivinación para descorrer el velo que ocultaba el pensamiento de esa Ana Lénquin, angustiada ahora por un secreto.

¿Qué hacer con esa sombra perdida en un misterio que tan porfiadamente se negaba a revelar por sí misma? Luchó con mayor tenacidad y tocando lo más hondo de su inteligencia, pero todo fué inútil. Pensó que Ana se negaba a hablar por temor a Marcelo. Y es que él la había llevado hasta el olvido valiéndose, sin duda, de horribles procedimientos morales. En dos años había tenido tiempo de más para llenarla de miedo hasta convertirla en una estatua. La había ahogado en los precipicios de su propia angustia. En una palabra, le había metido la noche en el alma.

Y Esteban bajó la cabeza, vencido.

*

* *

Al levantarla de nuevo vió que la mirada de Ana se había corrido hasta el rostro de Marcelo Lénquin. Allí estaba ahora, como antes en el suyo. Y era la misma expresión fija y llena de una sola cosa, de una amenaza o de una advertencia. ¿Cómo saber, al fin, su significado? Pero Marcelo se la devolvió con cierta impalpable ferocidad. Todos los rasgos de su rostro habían cambiado de súbito y revelaban claramente la nueva lucha que se libraba en su interior ante el regreso de la cólera, de esa vieja cólera que habitaba en él como los fantasmas

en las casas abandonadas. Volvía, pues, a la zona rencorosa de su alma tan poco dispuesta a dejarse tocar por lo humano.

Los sentimientos que acababan de invadirlo retrocedieron rápidamente ante la voluntad arrolladora del odio y del desprecio. Era lo que se veía en esa mirada hacia Ana. Y no podía ser otra cosa lo que trataba de explicar la llama fija de la de ella. Pero Esteban no supo comprenderlo.

El misterio iba haciéndose más vasto e inexplicable. A veces ese ir y venir, ese clima absorto y tan poco transparente, indicaban con claridad la lucha feroz, aunque silenciosa de dos sentimientos, el choque de dos fuerzas profundas donde una voluntad y un fantasma se abrían paso a duras penas en la obscuridad.

Y Esteban contemplaba cada vez más turbado y deshecho esa escena donde él también era una voluntad o un fantasma, pero a la que no se le siente y al que no se le ve. Su mirada iba de un lado a otro, pasando de esa cosa absorta que era Ana a la llama agitada y convulsa que era Marcelo.

¿Para qué haber venido, al fin?

Nunca se le obscureció tanto el mundo. Hasta sintió ese breve vértigo que a menudo lo hacía temblar cuando miraba el agua profunda desde lo alto de los puentes o cuando cerraba los ojos para oírla pasar en un jadeo lento bajo aquellos potentes brazos de hierro que él mismo había tendido. Pero sucedió algo más.

Un nuevo movimiento de Ana estuvo a punto de revelar el secreto de lo que allí estaba sucediendo. Ana Lénquin tenía ahora la mirada fija en el otro rincón de la pieza, al lado de la mesa con las flores. Había allí algo que él no vió al entrar, ni en su caída con Marcelo: un rifle. Ana mantenía ahora los ojos en eso como si un imán se los hubiese atrapado de pronto.

Pero al instante se le hizo difícil la contemplación de aquel objeto; la mirada de Marcelo estaba también allí. Por supuesto, se encontraron. Esteban bajó la suya, sorprendido y aterrorizado. Una pequeña luz le cruzó el pensamiento. No, no podía ser. Y se llevó las manos a la cabeza para extinguirla.

No, no podía ser. Pero los ojos de Ana Lénquin se cerraron de golpe, seguros de haber hablado bastante y quizás si hasta aliviados de un gran peso. Su mensaje había sido revelado. Ahora todo eso era claro y simple.

Y se quedó allí, cerrada para las dos sombras, una de las cuales estaba desde ese instante irremediablemente perdida.

Entonces Esteban se puso de pie, tomó el sombrero y salió. Sus pasos resonaron al cruzar el umbral y luego se hicieron más leves al alejarse de la verja. Marcelo Lénquin miró a Ana. Ella también lo miró, pero su mirada era opaca y lejana. Su cuerpo mismo pareció algo borroso detrás de la lámpara. Marcelo Lénquin no podía detenerse ya. Todo su ser era un ruido. Tomó el rifle y

se encaminó hacia la puerta, cerrándola suavemente al salir.

El disparo resonó hondamente en la noche y por detrás de los árboles de la colina.



LOS EXTRAÑOS VISITANTES
o La llave de nunca jamás

*"Detente y mira,
Nuestra vida es un día."*

John KEATS.

I

María Lemuria permanecía desde algunos instantes con la mirada fija a través de los vidrios. La noche empezó a dejarse caer por la colina, tocando tenuemente las faldas tranquilas hasta estremecer los árboles más altos y las praderas. "Como las aguas cuando se salen del río y empiezan a invadir la llanura", pensó. Pensamiento mil veces repetido tal vez, imagen más o menos exacta de la noche extendiendo sus sombras sobre los contornos de Valle Húmedo. Inmediatamente las campanas de la iglesia se desbordaron con sus aguas profundas por el aire y como obedeciendo a una sola voz para salir al encuentro de la primera obscuridad. La vieja casa de los Lemuria pareció estremecerse y María sintió eso muy adentro de sí misma. ¿Cómo sorprenderse si cada día que se iba le dejaba en las manos una especie de llave invisible con la que alguna de esas noches tendría que abrir la puerta que la conduciría hacia la atmósfera de la muerte? "El o ella, era igual". Y ese estremecimiento fué más intenso que los anteriores. Se retiró de la ventana y se tumbó en un sillón, no poco turbada por la melodía de las campanas que parecían llegar hasta la lejanía y devolverse como en una lenta procesión de sonidos.

Cerró los ojos. No era esa, en verdad, pero frente a ella había una puerta que daba a la escala. No, no era esa, pues sabía que en un instante más oiría los pasos un poco arrastrados de la vieja sirvienta. Sabía que de pronto, y sin aviso alguno, la puerta sería abierta y algo como un silbido vibraría largo tiempo en el aire. Lo sabía y esta vez lo esperaba con una especie de desfallecimiento. Pero el eco de las campanas tardaba demasiado en deshacerse y quizás si hasta la noche detenía su caída, pues los vidrios dejaban pasar aún la claridad y hasta era fácil distinguir que afuera la colina y los árboles no estaban más que a medias cubiertos por la obscuridad.

Al fin se oyó el rumor de pasos escala arriba. Avanzaban como quien se abre camino por entre un matorral donde las plantas húmedas apenas hacen ruido al doblarse. Y, como de costumbre, la puerta empezó a entreabrirse con lentitud y el cuerpo pequeño de Elisa se deslizó suavemente en dirección a la ventana. Sus ojos de color confuso dentro de los gruesos párpados empezaron a moverse de un lado a otro.

—¿Qué hay ahora?

La voz de María Lemuria venía de lejos y era difícil saber si interrogaba a alguien o si era una manera de hablarse a sí misma.

—Lo de siempre, y algo más —dijo Elisa, sin mirarla.

Aquella pequeña mujer sin edad que la había visto nacer y que durante treinta años la seguía a cada paso,

era su sombra: una sombra siempre atenta al menor movimiento, al deseo más oculto, a la alegría o a la impaciencia mejor disimulados. Nada se sabía de su origen. Tal vez nació entre aquellas paredes. Quizá si fué también la sombra de la madre de María Lemuria. Era imposible decirlo. Solamente cabía la posibilidad de poder afirmar que ella pertenecía a la vieja casa de los Lemuria nada más que porque allí se le vió por primera vez y porque estaba marcada también por el carácter sombrío de la familia.

—Es necesario que baje —prosiguió Elisa sin cambiar de actitud. Me ha dicho que no quiere irse a la cama sin verla—. ¿Y sabe? —agregó después de una pausa—. El y todo aquí está un poco inconocible.

Eso era bastante. ¿Había novedades? María Lemuria no tenía para qué averiguar, no obstante, ni preocuparse. Cosas repetidas una y otra vez, pequeñas luces en la penumbra en que el padre se debatía con la intranquilidad fantasmal de los años.

Se puso de pie y bajó, por supuesto seguida de Elisa, su sombra.

*

* *

¿Por qué antes no había reparado en esas pequeñas cosas que ahora le salían al paso y que, sin duda, vivían allí sin que se dejaran sentir? Porque le fué un poco extraño observar que la escala crujía y que los cortinajes solían moverse como tocados por un viento casi tibio,

afable, familiar; pero no sin estremecer el ánimo, ni sin sugerir la idea de que todo allí vivía una especie de extraña doble vida. Luego notó que los grandes retratos del hall no estaban tan muertos como parecían, sino que se iluminaban tenuemente y hasta a veces movían un poco los ojos en la penumbra. Sobre todo uno, el del abuelo Lemuria, héroe de la Guerra del Pacífico, y cuya mirada de visionario la retuvo por algunos instantes.

A menudo sucede que el pensamiento se siente invadido por un clima singular, por una serie de pequeñas sorpresas que con cierta frecuencia suelen constituir una iluminación repentina de la memoria o simplemente una advertencia en muchos casos destinada a preparar el ánimo para lo que se aproxima. ¿Cómo podría comprenderlo María Lemuria? Aquella casa era para ella una casa como todas las que se han ido apagando lentamente en una invisible lucha por no derrumbarse en el tiempo y no podía asombrarle lo que había nacido con ella, lo que le era profundamente familiar tanto de cerca como a la distancia, tanto desde el punto de vista de la realidad diurna como desde el de la nocturna; esta última tan propensa a sobrecoger el espíritu, pero que para ella no tenía misterios. En varias ocasiones se había visto obligada a levantarse debido a alguna alarma nocturna y recorrido toda la casa, farol en mano y como un fantasma, convencida de que al término de algún pasillo o al abrir una puerta no encontraría nada sobrenatural, a menos que no fuese la pequeña Elisa, cuya conciencia en vigilia la advertía cada

vez de esas aventuras de alta noche. Pero en ese anoche-
cer las cosas secretas de la casa expresaban su soledad de
otro modo. Repentinamente encendidas y como dema-
siado dispuestas a hacerse notar por aquellos moradores que
las olvidaban con tanta naturalidad, he ahí que al fin se
hacían ver y oír, he ahí que al fin conseguían hacer sur-
gir un ruido allí donde nunca lo hubo, una luz donde
siempre fué obscuro, un movimiento donde todo descan-
saba ni más ni menos que en un sueño de piedra. Elisa
fué la primera en notarlo. Toda su alma aldeana le decía
que eso era el principio de algo grave. Solamente para
María Lemuria no fué sino el descubrimiento del otro
lado de la existencia de las cosas, de la zona secreta en
que ellas se debaten por recobrar vida para ser tomadas
en cuenta.

*

* *

Mientras María iba de un lado a otro con la mirada
estupefacta, Elisa se le adelantó a la habitación donde
Felipe Lemuria permanecía sentado junto a la ventana,
con las manos cruzadas sobre las piernas y moviendo rít-
micamente el busto como en una mecedora. La voz de
Elisa surgió de pronto con la luz de la lámpara que ha-
bía empezado a encender sin hacer ruido y de cuya me-
cha, al colocar el tubo, se desprendió un tenue y no del
todo desagradable olor a parafina.

—Viene, don Felipe.

Y se acercó a la ventana para correr las cortinas. El busto de Felipe Lemuria siguió moviéndose de adelante hacia atrás, acompañado ahora por su propia sombra reflejada en los cueros de zorro del piso. Esa era su posición habitual al atardecer cuando Elisa empezaba a encender las luces para la hora de comida y en que esperaba, a veces en vano, que su hija bajase a conducirlo al comedor. Y el mayor de los placeres era sentir el calor gastado de esa sombra querida, el extraño otoño de ese rostro, el eco levemente delgado de esa voz que retrocedía, borrándose cada vez como él, en el tiempo.

Elisa pasó al comedor y muy pronto se oyó el ruido de las sillas que movía de un lado a otro sin motivo alguno y a veces hablando sola, como adiestrándose en atender a invisibles invitados y en ubicar convenientemente a cada uno.

Felipe Lemuria sonrió complacido de los actos fantásticos de Elisa, pero lamentando ahora que esos invitados no lo fueran de verdad. Y esa idea se le quedó vibrando en la cabeza. ¿Por qué él no tenía amigos? ¿Por qué era imposible verse visitado por algunas personas de los alrededores, puesto que así lo hacían entre ellas? ¿Qué había puesto él en las puertas de esa casa solariega para que todo el mundo pasara de largo sin entrar? "Amarga es el agua que bebe el hombre solo", se dijo, después de una pausa.

Pero empezó a sentirse acariciado por curiosos pensamientos y visiones.

Se vió de pie, en el umbral, sonriente y encantado de saludar con un fuerte apretón de manos a los mejores vecinos del contorno. Allí estaban el propietario de los viñedos de *Valle Húmedo* y su señora (los años le habían hecho olvidar los nombres de los visitantes y eso le hacía sonrojarse un poco); el médico de la aldea y su sobrina, encantadora y sonriente; el caballero inglés del chalet del altillo y su "gringuita" vestida de lana verde en pleno verano; el dueño de las tierras contiguas a las suyas, la esposa y dos cuñadas; el oficial del registro civil; y allí también ¡quién lo hubiera pensado! doña Beatriz Suruega, la bella mujer por quién se había disgustado para siempre con su hermano Francisco Lemuria. Beatriz Suruega... Tuvo tiempo para evocar, no sin disgusto, esos días infelices en que la pasión se apoderó de tal modo de ambos que el mundo se hizo demasiado estrecho para no ver sino a esa endiablada mujer, cuyos ojos cavaban hondo en el corazón no menos endemoniado de cada uno de ellos. Pero el tiempo sabe hacerse presente en los delirios humanos. Su espalda curvada y sus manos de ceniza no dejan de alzar la vieja copa donde tiembla el polvo infinito. Y todo se une o se deshace. ¿Qué importa el terrible rencor que el hombre suele amontonar sobre sí mismo? Ahora...

Y allí estaba ella también. ¡Qué agradables amigos! Pero había que atenderlos y para ello empezó a dar órdenes a Elisa; a moverse de aquí para allá, aunque casi sin sentido; a abrir hasta atrás las ventanas por donde entró un aire que no conocía, pero que le pareció demasiado

semejante al que dobla las plantas en el crepúsculo; y sobre todo a excusar repetidas veces a su hija, a esa María Lemuria, joven todavía y alegre, como luego lo verían, y la que tanto tardaba en bajar. "Mujer, al fin, ustedes comprenden", etc.

¡Toda una gran fiesta y un gran recibimiento! Las visitas estaban encantadas y mucho les costaba perdonarse de haber despreciado a ese Felipe Lemuria de quien se decían, por supuesto, tantas cosas, pero que era tan distinto en la realidad. ¿No es así, víctima de pequeñas equivocaciones, como se vive en los lugares apartados? El propio Felipe pensaba del mismo modo.

La conversación empezó a animarse más y más entre graciosas risas de las señoras y de las niñas, mientras los caballeros paladeaban el reservado "Valle Húmedo 1890". Elisa iba y venía, sonriente por primera vez en sus numerosos años y segura de haber escogido el sitio adecuado para cada uno de los visitantes. Pero María Lemuria tardaba. Elisa corrió a apurarla. Hasta que se oyeron sus finos pasos y al entrar todos se precipitaron hacia ella. Hacia ella... que ahora estaba allí, de pie, con la mirada perdida, silenciosa, junto a la sombra que se movía rítmicamente de adelante hacia atrás en el sillón bañado por la tenue cascada de la lámpara.

Felipe Lemuria se estremeció.

Miró luego hacia todas partes, pues le parecía distinguir aún las sombras que acababan de visitarle y que luchaban por desaparecer al través de las paredes tan

pronto transparentes como borrosas. Sintió que algo suyo se iba con ellas y que una potencia terrible le privaba detenerlas. El había visto revivir y brillar esa vieja casa, en cuya atmósfera se deshacía su existencia abatida o casi endemoniada. El la había visto vestirse de gala y hasta oído cierta música evocadora de los antiguos tiempos, tal vez valeses y polkas que hechizaron, sin duda, a los otros Lemuria, a los que tuvieron la suerte de conocer otras épocas y otras personas. Pero todo eso se iba ahora al través de los muros, al través de la violenta obscuridad de sí mismo. Solamente quedaba esa voz de niña extraviada en la noche y esa lámpara.

Cerró los ojos y se llevó las manos a la cabeza. María Lemuria se le acercó espantada.

—María —dijo.

Y la atrajo suavemente hacia sus brazos, hundiendo los dedos en esa cabellera que había perdido no poco brillo y suavidad y le acarició el rostro vagamente marchito y en el que le pareció tocar la humedad irremediable del tiempo. Estuvo a punto de contarle lo que acababa de sentir, o de ver, pero una fuerza superior se lo impidió. ¿Cómo reconciliar el espíritu de una simple idea o de una frágil visión, con la claridad de esa existencia tan real, en que padre e hija iban como tomados de la mano? No. Lo que había en eso era tal vez la presencia de los primeros síntomas perturbadores con que la vejez llena su copa, preparándose a beberla con la más angustiosa lentitud, con el extraño compás de espera en

que la vida comienza a quedarse verdaderamente atrás. María debía permanecer lejos de esos síntomas. Y él tenía el deber de trazar un círculo impenetrable alrededor de sus pequeños delirios.

Sonrió, satisfecho de su astucia. "Cada uno sabrá la verdad al término del camino", como se dice.

*

* *

María le hizo algunas preguntas, pero él la tranquilizó con facilidad. Hasta la convenció de que ese día se había sentido con el pensamiento tan despejado y con la salud tan favorable, que pensaba salir al día siguiente a estirar un poco las piernas, con ella por supuesto, y si el tiempo se presentaba tan bueno como hasta allí. Quería recorrer la vieja arboleda, llegar hasta el pie de la colina, contemplar el agua, respirar profundamente ese aire del que tanto se había privado durante todo el verano. Luego vendría el invierno y no habría más remedio que permanecer encerrado entre los muros de la vieja casa. "Aquí, donde te derrumbas, hija mía", agregó con una dolorosa sonrisa.

¿No era esa una gran idea? Se veía caminar apoyado en el brazo de María y sentir el saludo y el reconocimiento de esas tierras, que, sin duda, lo estaban echando de menos. El olivar de la colina estaba más verde que nunca. El canal se había llevado el alma con las lluvias del año pasado. Y el aire de *Valle Húmedo* le lavaría a

él también los malestares y las arrugas de la vejez. ¿Y qué decir de ella, de esa María que renunciaba tan porfiadamente al mundo? Sí, a ella también le era necesaria esa visita a la naturaleza, a los tenues rumores del cielo y de la tierra que despiertan los sentidos y hacen alivianar la carga del tiempo. Evidentemente, era una gran idea.

María Lemuria lo dejaba hablar y entusiasmarse no poco dudosa de tales propósitos y mientras su pensamiento viajaba también entre otras cosas. Eso era la vejez, no cabía duda. Hay un día en que se llega a una especie de transformación. El presente se torna borroso y las cosas mismas dejan de brillar o de vibrar con su propia alma. Es como cuando aparecen de repente las lluvias y la naturaleza se contrae en una extraña turbación o en un gesto de entrega no poco angustiosa. Toda la familia se agita y huye sin saber cómo ni a dónde. Los cerros se amortajan, los caminos endurecen la piel, los árboles se desvisten para el sueño que los hará ensordecir durante algún tiempo, la hierba se tiende lenta, exánime. Las plantas y las flores se arrodillan a oírse pasar en la lenta y profunda metamorfosis invernal. La tierra abre sus poros ávidos de recibir la visita de las aguas. Las casas cambian de color por fuera y se llenan de ruidos por dentro. Y el ser humano, deslumbrado todavía por la magia del verano, no sabe si huir o quedarse allí donde ha sido sorprendido por la brusca transformación del tiempo, por esa especie de examen de conciencia de la naturaleza. Y entonces viene la nostalgia. O sea, la

vejez. La nostalgia de la juventud es el porvenir. Pero la de la vejez es la penumbra donde todo se transforma sin ruido.

Y su padre tenía ya puestos los pies en esa penumbra. Lo decían claramente esos gestos nuevos, esas palabras nuevas, esos entusiasmos propios de quien presiente la obscuridad por medio de extrañas nostalgias. El empezaba a querer desandar lo andado, ver lo visto en otro tiempo, sentir lo lejano, hallar lo perdido. En una palabra, volver a la tierra.

Este pensamiento, delineado de modo tan preciso en los secretos de la conciencia, la ensombreció. Eso era horrible, horrible como la verdad. Ella, el padre, Elisa, la casa entera entraba en esos instantes en una nueva existencia. En un nuevo abismo, tal vez. Y había que ir hacia él.

En verdad, se trataba de una gran idea. Y se alegraron profundamente.

* * *

Elisa avisó que la comida estaba servida. Y padre e hija se dirigieron tomados de la mano al comedor. Fué una extraña comida. Extraña porque nunca se conversó más ni se rió más familiarmente. Y apenas el viejo reloj "de campana" dió las nueve, los tres se encaminaron escalas arriba en busca del sueño reparador.

Poco después se oyeron los pasos de Elisa que como

de costumbre bajaba a dar su vuelta por las habitaciones que recién había dejado a oscuras. Algunas puertas se abrieron y volvieron a cerrarse con estrépito. Las luces dieron una invisible pestañada en la sombra. Crujió un poco la escala. Y todo volvió a la tranquilidad, a la silenciosa y extensa muerte nocturna.

Felipe Lemuria oyó esta vez desde el lecho cómo la casa fué apagándose poco a poco. Nunca había tenido tiempo para prestar oído a ese proceso de lenta y temporal disolución. Extraña cosa, sin duda. Una vez que todo fué silencio se decidió a dormir, complacido por las curiosas sensaciones que acababa de percibir y no poco feliz de constatar la buena disposición y la fuerza, todavía consoladora, de sus sentidos. Pero el pensamiento se negó a detenerse en esa especie de umbral donde empieza la tranquilidad inefable del sueño. Algo vibraba aún en la noche. Algo, según le pareció, como el rodar de un coche a lo lejos.

Se estiró bajo las sábanas y al instante echó de menos sus habituales dolores musculares, la fatiga de las piernas y la leve asfixia que a menudo le impedía respirar con facilidad al tiempo de dormirse. Era curioso. Ningún dolor, ningún malestar. Al contrario, se sintió liviano y ágil. Y a los pocos momentos, hasta le vino la idea de levantarse para gozar un poco de ese repentino bienestar. Además, y mientras se decidía, empezó a ver todas esas imágenes con que la sed sabe hacerse presente. Jamás bebía agua de noche y no era agua tampoco

lo que deseaba, sino una buena bebida en que el vino guñase sus ojos. . .

Encendió la luz y empezó a vestirse, no poco asombrado de sí mismo. No era tarde, las diez a lo más. Y el tiempo estaba tan fresco, tan agradable, que le sedujo la idea de bajar al comedor a beber un poco y a regocijarse de tan inesperada tranquilidad física.

*

* *

Bajó con toda suavidad, cuidando de que no lo fueran a oír. Encendió la luz del "hall", la del salón y luego la del comedor. Apenas bebió el primer sorbo de agua con vino, se oyó un ruido seco por el lado de la puerta de calle. Se detuvo a escuchar. Y de nuevo el ruido. Dos golpes lentos, sonoros. Se encogió de hombros. ¿Quién podía ser a esas horas? Continuó atento. Y otra vez los golpes, ahora más fuertes y tanto que debieron oírse por toda la casa. Aquello amenazaba seguir y no había más remedio que ir a abrir. Al llegar a la puerta se detuvo con cierta turbación. Un poderoso pensamiento lo hizo abrir sin preguntar, como se acostumbra, quién llamaba o qué podía desear. Abrió, pues, maquinalmente. Y apareció en el umbral la figura de un hombre de cierta edad, sonriente, con el sombrero debajo del brazo y con una maleta en cada mano.

*

* *

—¡Francisco! —exclamó, iluminándosele el rostro, pero sin hacer el menor movimiento.

—Yo mismo, Felipe —dijo el visitante, empujando las maletas hacia adentro y cerrando la puerta. Al instante se dieron un abrazo que los tuvo unidos y sin decir palabra durante varios segundos. Luego se apartaron para estrecharse las manos y mirarse a gusto después de tantos años de separación.

—¡Francisco Lemuria! —exclamó Felipe, bajando la vista.

Pero Francisco guardó silencio. En ese instante las palabras estaban casi demás. El necesitaba contemplar ávidamente ese rostro algo envejecido, esa mirada cuyo firme brillo y entereza luchaban todavía por no perecer. Ese era su hermano. Y de pronto bajó también la vista. El placer se le convirtió rápidamente en malestar. La herida no había desaparecido. Felipe notó su turbación. El viaje, la fatiga, la emoción tal vez. Y lo condujo hacia el comedor.

*

* *

—Ven por aquí, Francisco Lemuria, ven por aquí hombre —decía, meneando la cabeza con verdadera alegría—. ¡Quién lo hubiese pensado! ¿Se puede saber, al menos, por qué tan tarde?

—El coche se retrasó. Un pequeño accidente en la cuesta. ¡Pero qué bien se está aquí, hombre!

—Sí. Y mira . . . ¿un poco de vino? *Valle Húmedo* . . .

“¿Te acuerdas?”, iba a agregar, pero se contuvo. El visitante se bebió el vaso de un golpe e hizo chasquear la lengua con satisfacción. Luego empezó a pasear la mirada de un lado a otro hasta que Felipe lo hizo sentarse, haciéndolo él también y lo más cerca posible del tan inesperado visitante.

Pero empezó a darse cuenta de que todo eso no parecía muy claro. La cabeza le zumbaba un poco. Francisco Lemuria estaba allí, miraba extrañamente y no se tenía tranquilo. Los años habían pasado por él casi sin dejarse sentir, tal era su aspecto. Pero algo le endurecía y fijándose mejor notó que la boca le temblaba levemente, aun cuando el resto de la cara mantenía firmes sus rasgos, no poco parecidos a los suyos, y que el brillo de los ojos denotaba una existencia apacible. Sin duda, su actitud y sus movimientos eran extraños. Y fijándose un poco más se estremeció ante la palidez de las manos y la desesperación con que se agitaban de un lado a otro.

Sonrió al sorprenderse en tan indiscretas observaciones y volviendo a su papel de dueño de casa recordó de súbito que debía ir a despertar a Elisa y a María. A Elisa sobre todo. Era necesario preocuparse de preparar alguna cosa a la ligera para Francisco y luego del arreglo de la habitación para él, cuyo lecho debía merecer todos los cuidados, ya que nada es más reparador para un viaje que una buena cama. Pero al ponerse de pie, Francisco lo retuvo, dándose con la mano en la frente.

—¡Hombre! Es curioso. ¿Cómo me he olvidado de mi sobrina? —dijo.

—Perdóname, Francisco —replicó vivamente—. Soy yo quien se olvida de todo. Quizás si la sorpresa... Pero voy inmediatamente en busca de ella.

—A estas horas sería una barbaridad, Felipe. Déjala dormir. Hasta te pido que hablemos despacio. Temo que la despertemos. "Mañana será otro día", como se dice. Y ya que he tenido la suerte de encontrarte fuera de la cama, como no me lo suponía, dejemos las cosas como están.

En ese instante se oyó a alguien que venía en dirección al comedor.

—Es Elisa —dijo Felipe.

Y, efectivamente, Elisa asomó la cabeza, asustada. Cualquiera otra criada hubiera alarmado a la casa entera ante lo que tenía delante de sus ojos. Pero Elisa, mujer no poco sombría, supo callar y entró en silencio y como si se hubiese tratado de algo corriente y familiar. Hasta contestó con toda naturalidad al saludo de Francisco Lemuria, a quién recordó sin sorpresa alguna y quizá si ni sin afecto.

—Has hecho bien en bajar, Elisa. Prepara inmediatamente algo de cenar para este caballero, de quién sin duda, te acuerdas.

—Nada de cenar, niña —interrumpió Francisco—. Es demasiado tarde y no me caería bien.

—Entonces, su habitación, Elisa. Pero no despiertes a María. Mañana estará de sorpresa. Ya me lo imagino.

—Muy bien, don Felipe —respondió Elisa. Y se alejó en puntillas.

Felipe Lemuria se quedó algo sorprendido. Era raro que Elisa no demostrara extrañeza alguna ante esa visita, ella que alzaba los brazos y cerraba los ojos por cualquiera cosa singular. En verdad, todo parecía poco natural. El propio Francisco había perdido la viveza con que había llegado y ahora no hacía más que sonreír constantemente y sin motivo, pero sin hablar. Parecía que sólo le interesaba abrir a medias la boca y dejar en descubierto parte de su dentadura, a la que poco a poco le fué descubriendo un color de ceniza. Le miró las manos otra vez y también le pareció que algo tenían que ver con la ceniza. Eso iba resultando extraño.

—María estará un poco vieja —dijo de pronto Francisco—. La soltería hace envejecer con mayor facilidad, aunque a menudo se diga lo contrario.

—Sí, —replicó Felipe, animándose de nuevo—. A su debido tiempo hice lo posible por convencerla de que la soltería es un error. Pero ella insistió en cerrarse para el mundo.

El hermano quería llegar a otro asunto y a él no se le escapó. Eso de *soltería* era el camino que conducía a ciertos recuerdos desagradables.

—Sí, es un error —prosiguió Francisco—. Ya ves el caso, al revés por supuesto, de Beatriz Suruega.

Ese nombre sonó de un modo extraño en su boca. Beatriz Suruega... Era eso. Francisco no había olvidado a pesar del tiempo, a pesar del abismo que los hizo

separarse, y sin considerar que con su visita todo eso quedaba definitivamente muerto. Por algo él lo había tenido siempre por un espíritu violento y cerrado. No, no había que volver a Beatriz Suruega. Ella iba de aquí para allá en medio de una licenciosa soltería y de seguro ni se acordaba ya de ellos.

—Creo que hicimos bien apartándonos de *ella* —dijo al fin, con la certeza de que sus palabras eran conciliadoras.

—Hombre... tal vez —replicó Francisco con su sonrisa de ceniza.

—Nos hizo mucho daño, ¿no es verdad?

—¿La ves a menudo? —preguntó el visitante, sin apartarse de sus pensamientos y como rechazando la insinuación de Felipe.

—Jamás —fué la respuesta.

*

* *

El rostro de Francisco Lemuria se encendió de repente y sus manos se agitaron con mayor intranquilidad. Se puso de pie y empezó a andar de un lado a otro. Sus pasos eran firmes, pero no hacían el menor ruido. Luego se metió las manos en los bolsillos y se detuvo con los ojos fijos.

—Tu mujer era bella también —dijo, dirigiéndose a un punto del muro donde era de suponer que veía un retrato.

Aunque allí no había ni siquiera una mancha. La pared era blanca y nada invadía su desnudez en parte alguna. Felipe lo miró con toda naturalidad. Empezaba a habituarse a sus singularidades y no le sorprendían ya ni los gestos ni las palabras de ese Lemuria que no lograba ocultar con facilidad los estragos del tiempo en su cabeza. El mundo está lleno de seres cuya existencia oscila entre la luz y la sombra. Bien podía ser ese Francisco Lemuria uno de ellos. Hasta recordó que su juventud había sido violenta e insegura, mal que podría haber hecho camino entre excesos o privaciones que le eran desconocidas. Era su hermano y nada debía sorprenderle. Además, ahora estaba allí, era su huésped, había deshecho un serio obstáculo para venir a verle y si eso no era una prueba de afecto fraterno, nada podría serlo.

—Sí, tienes razón —le contestó. Y hasta él mismo fijó los ojos en la pared como si realmente hubiese estado allí el retrato de su mujer—. Te estimaba mucho —agregó.

Pero Francisco no miraba ya el retrato invisible. Había vuelto los ojos hacia otra parte y luego se dirigió a su asiento, acercándose cuanto pudo a Felipe. Este sintió muy adentro la fuerza de aquel ser entero que lo contemplaba con su extraña sonrisa sin término. Estuvo a punto de sentirse desfallecer, pero un brusco cambio lo llevó a complacerse con esa observación, a llenarse de un bienestar sin límites ante ese hombre que llevaba su misma sangre y que lo había venido a ver en la hora

más extraordinaria de su vejez. ¿No le pareció oír en el lecho algo así como el rodar lejano de un coche? ¿Y ese fortalecimiento físico? ¿Y esa sed? El ser vive rodeado de una nostalgia total. El mundo de la memoria no es sino un agitado mundo donde el presente se debate en las vibraciones del pasado... y del porvenir. Todo movimiento en él es la resurrección o la advertencia de un sueño. Ambas cosas viven y crecen como dos árboles paralelos. Y hacía pocos instantes él se debatía entre estas dos estatuas de fuego.

—Perdóname una cosa, Felipe —dijo de pronto e inesperadamente Francisco—. Ya te he visto. Quisiera irme ahora.

—¿Estás loco? ¿A estas horas? —le respondió sonriendo y tratando de tranquilizarlo—. La cama te espera. El reposo te hará bien. Mañana... ¡Mañana será un gran día, Francisco! Conversaremos a gusto, iremos a la arboleda, a la colina, al olivar. Justamente, hoy me he sentido fuerte otra vez. No lo creerás, pero es así.

—¿Hoy? Y a propósito, ¿qué día es hoy?

—¿Hoy? ¡Miércoles veinticinco de febrero de mil novecientos nueve, don Francisco Lemuria! —contestó Felipe, deletreando las cifras y sin poder contener una franca carcajada.

Rió también Francisco, abandonando al fin su pesada sonrisa. Aquel buen humor repentino fué celebrado con una copa de vino, la que se bebió de pie y pronunciando un breve brindis cada uno, después de lo cual volvieron a abrazarse vivamente.

—Y ahora a la cama —dijo Felipe.

Y tomándose del brazo abandonaron el comedor, cruzaron el salón hasta el hall, por supuesto apagando la luz en cada pieza, y subieron paso a paso la escala hasta la habitación preparada por Elisa para Francisco Lemuria, el *extraño visitante*, como lo llamó Felipe al desearle las buenas noches.

*

* *

A la mañana siguiente, y como de costumbre, Elisa fué la primera en levantarse y en su habitual recorrido por el piso bajo notó algo curioso. La tranca de la puerta que daba al jardín no estaba puesta. Ese descuido le causó gran malestar. “Malo, malo, estoy perdiendo la cabeza”, se dijo. Pero mayor fué su asombro al ver que la de la calle estaba entreabierta. “¡Jesús!”, exclamó, llevándose las manos a la cabeza y precipitándose a cerrarla. Su corazón sumiso y tímido latió con tal intensidad que estuvo a punto de desmayarse. Pero la timidez supo imponerse y juró no decir palabra de todo eso. Volvió adentro y se dió a inspeccionar con sumo cuidado los sitios por donde pasaba. En el hall, nada de particular. La sala grande pareció desperezarse con la entrada de la luz al abrir hasta atrás las ventanas. Pero al entrar al comedor se detuvo bruscamente. Sobre la mesa había una botella con un poco de vino y dos copas vacías colocadas a escasa distancia una de otra. Semejante detalle

no podía escapársele. Noche a noche ella se iba a la cama llevándose inconscientemente grabada en la memoria la ubicación exacta en que se hallaba cada cosa al apagar las luces. De ahí que la sorpresa la obligara a tumbarse sobre una silla. Algunas lágrimas le vinieron a los ojos. El cuerpo le tembló como jamás lo había sentido. Hasta que se puso a sollozar perdidamente. Pero esta vez la limpidez de su conciencia la hizo volver en sí. ¿Era posible perder la cabeza hasta semejante extremo? Y empezó a examinar la situación. Las copas eran exactamente las que se habían ocupado para el vino de la comida; que hubiesen quedado un poco juntas como lo estaba viendo, era un detalle insignificante; bien pudo acercarlas ella misma al levantar el servicio del té. Que la puerta hubiese quedado sin tranca, no era nada del otro mundo; la memoria empezaba a debilitársele, y sin duda, a causa de los años; además eso ya había sucedido en dos o tres ocasiones. En cuanto a la de la calle, ¿quién pudo abrirla? A veces solían hacerlo algunos animales de esos que se soltaban de noche para hacer de las suyas por los alrededores; por otra parte, como solamente quedaba sujeta con una cadena y sin candado... En fin, un terrible descuido. Un lamentable descuido, que dé saberse, le costaría una reprensión más o menos severa. Pero eso no debía saberse. Hay que cuidar de las primeras torpezas de la vejez y no confesarlas hasta que ellas sean descubiertas naturalmente y poco a poco. Además, eso no volvería a suceder. Lo juró por la Virgen del Carmen. Y feliz, empezó a canturrear en voz baja,

que era la manera cotidiana de dar comienzo a sus menesteres.

Pero a la media hora, muy temprano por supuesto, oyó la voz de Felipe Lemuria que bajaba sin hacer ruido y abotonándose su largo vestón blanco.

—Elisa, Elisa... —chillaba, abriendo los ojos como nunca lo hacía.

—¡Don Felipe! Tan temprano... ¿Ha dormido mal?

—Al contrario, Elisa, al contrario. Pero, dime, ¿se levantó Francisco?

—¿Quién, don Felipe? —interrogó a su vez Elisa, no poco sobrecogida.

Pero Felipe Lemuria se detuvo como al borde de un precipicio. Hasta allí su pensamiento obraba hechizado por una extraña sensación, tal vez por el curioso encantamiento de los sueños. Su espíritu llano, sólido y poco propenso a la fantasía, se libertó de pronto hacia la realidad logrando que la sospechosa pregunta que acababa de formular se deshiciera rápidamente en el aire. Sonrió y sin mirar a Elisa pasó de largo hacia el jardín.

Pero la palabra es un grano y nunca falta tierra que lo reciba. Y Elisa, sin quererlo y solamente a causa de su naturaleza en extremo sensible a lo extraordinario, lo recibió en la tierra de su alma, donde hasta los menores gestos de los dueños de casa eran como los suyos propios. La vacilación duró poco, por supuesto, y, corrió hasta el dormitorio de María. La encontró en pie,

terminando de vestirse, lo que contribuyó a aumentar la turbación de su ánimo.

Y como era de esperar, María Lemuria supo palabra por palabra todo cuanto sobrecogía la pobre conciencia de Elisa. Rió largamente y hasta feliz de ver a aquella mujer tan sorprendida y casi aterrorizada por cosas poco menos que estúpidas. Lo grave era lo de las puertas. Pero no la reconvino, tenía la absoluta seguridad de que eso no volvería a suceder, sino que la tomó de los brazos haciéndola dar vueltas y más vueltas en una especie de absurda danza matinal.

Sin embargo, no hubo paseo. Ni nada de la alegría y bienestar supuestos tan rápidamente la tarde anterior. El padre estuvo callado, aunque no poco inquieto durante toda la mañana. Y la hija lo seguía de lejos observándolo inútilmente con los ojos y el pensamiento. ¿No lo decía ella? En esa casa todo sería igual hasta el fin.

Lo malo empezó a la hora del almuerzo. Felipe no pudo probar alimento alguno. Y lo peor, a media tarde, cuando un malestar repentino lo hostigó de tal manera que hubo que llevarlo a la cama. Una fiebre violenta le azulaba el rostro. Luego vino el delirio y antes de llegar el médico, expiró.

II

María Lemuria sintió aumentada su desesperación. Felipe Lemuria había deseado ardientemente ser sepul-

tado en la iglesia de *Valle Húmedo*, junto a viejos señores de la comarca delante de cuyas lápidas, borrosas ya en el mármol, solía detenerse a evocar lejanos tiempos. Pero no se pudo. La Iglesia había acordado apartarse de sus muertos, como era natural. El cementerio era bello y estaba ubicado al pie de una pequeña colina. Allí, pues, y contra sus deseos, se grabó la sencilla lápida de Felipe Lemuria.

Pero mayor fué la desesperación de María al recibir, dos días después, una extensa carta de Pedro Lemuria, su primo. La carta del sobrino de Felipe agrega algunos detalles, poco despreciables desde el punto de vista de la fantasía, a la rápida sucesión de los acontecimientos que determinaron su muerte. Hela aquí, fechada en *Lomas Blancas* el veintiocho de febrero de mil novecientos nueve:

“Por especial encargo de mi madre y naturalmente por propios sentimientos, me apresuro a comunicarle la inesperada muerte de mi padre, Francisco Lemuria, acaecida entre el dolor de los míos a media tarde del último jueves. He preferido dirigirme a usted, ya que la penosa y larga separación en que permanecieron su padre y el mío, me hizo juzgar como posible inconveniencia escribirle directamente a mi tío. Paso en seguida a relatarle lo más brevemente algunos de los detalles que precedieron al deceso de mi querido padre, y a los que, como lo hará usted misma, no me permitiré agregar comentario alguno, ya que dichos hechos entran de lleno

en el terreno de los presentimientos o de la simple coincidencia.

Hasta el miércoles último nada hacía suponer una alteración en la salud de mi padre. Pero al día siguiente lo noté decaído, con poco ánimo y muy preocupado de cosas y asuntos que muy raras veces le llamaban la atención. A la hora de almuerzo, la alarma fué ya general. Mi madre le recomendó recurrir al médico; pero él se excusó alegando que no se trataba más que de una leve molestia ocasionada sin duda por los grandes calores y que no debían preocuparse. Por fortuna, empezó a sentirse bien a los pocos instantes y el malestar fué decreciendo hasta devolverle por completo el ánimo y, lo que era buen síntoma, ese su divertido buen humor que siempre fué la nota alegre de la casa.

Pero yo no creí del todo en esa mejoría. Conocedor en detalle de las preocupaciones de mi padre y de las profundas consecuencias que en él tenía cualquiera contrariedad o revés en sus asuntos, opté por interrogarlo, de acuerdo con una práctica establecida de común acuerdo entre los dos y que era válida para cualquier orden de cosas. (Podría agregar que usted puede advertir fácilmente el buen estado de las relaciones entre mi padre, *espíritu violento y cerrado*, como se le consideraba, y yo, pero lo juzgo innecesario. Le ruego no vea tampoco en esto alusión personal alguna.) Lo que obtuve de ese interrogatorio es muy curioso como usted lo verá.

Empezó a asegurarme que todo no iba más allá de una pequeña preocupación ocasionada por el desvelo de

la noche anterior y un sueño que había tenido. Helo aquí:

Ignorando el por qué, permaneció despierto una buena parte de la noche. Apenas logró dormirse, se vió despierto otra vez y dándose varias vueltas en el lecho. Luego le vino una sed devoradora, por lo que se bebió íntegra la bebida de hierbas que acostumbraba dejar noche a noche en el velador. Pero la sed continuó abrasándolo. Entonces decidió levantarse y se fué al comedor en busca de agua. Al atravesar el pasadizo dice haber oído llamar a la puerta de calle. Se devolvió y fué a abrir. Su sorpresa fué grande al encontrarse frente a mi tío Felipe, quien se le echó en los brazos casi llorando de alegría.

Lo curioso es que mi tío no traía maleta alguna, ni nada de su indumentaria guardaba semejanza con la de los viajeros. Dice que el sol estaba ya un poco alto (usted sabe cómo son las cosas en los sueños) y que el tío Felipe rezongaba al saber que todos dormían y que solamente mi padre estaba en pie, y esto por casualidad. Dice que lo hizo entrar sin demora, llevándolo antes de nada al comedor donde, y en honor suyo, destapó una botella de coñac. Han debido conversar largamente, pero no recuerda sobre qué. Sólo le parece que cuando estaban en lo mejor de la charla, uno de ellos pronunció el nombre de una tal Beatriz Suruega, que fué, dice, la causante del disgusto que los separó durante tantos años hasta ese día. El tío Felipe se encolerizó y la reconciliación estuvo a punto de fracasar, a no mediar el buen sentido de mi padre.

Así las cosas, y una vez que se abrazaron de nuevo, decidieron salir de paseo al río de *Lomas Blancas*. Dice que allí gozaron como niños durante horas contemplando el ir y venir de las sirenas (acuérdesse que se trata de un sueño) y luego con las extrañas danzas de ciertos aldeanos que continuaban la celebración de una boda. Pero lo que los hizo reír verdaderamente fueron los novios y los familiares o invitados, los que caminaban por la orilla del río vestidos de gala y descalzos, los más con los pantalones subidos hasta la rodilla, etc., etc.... (Es curioso, usted puede observarlo, la vida se hace humorística en la mayoría de los sueños.)

Dice que de pronto se encontraron nuevamente en el comedor de la casa, donde se pusieron a beber hasta la hora del almuerzo. Pero como allí nadie daba señales de vida, he ahí que se hizo de noche rápidamente y optaron por irse a dormir. Mi padre acompañó al tío hasta su habitación, donde lo despidió con un nuevo abrazo hasta el día siguiente, para el que habían elaborado bellos proyectos.

Dice que sólo entonces se dió cuenta de que ese hombre no era mi tío, sino un visitante cualquiera. Pero sus temores se deshicieron al oírle gritar desde adentro: "¡Mañana iremos otra vez al río, Francisco!"

Eso era todo. Y mi padre se rió de buenas ganas durante un largo rato.

Por supuesto, volví a la tranquilidad. Pero eso duró poco. Es decir, duró hasta la noche, hasta el instante en que mi padre se fué a la cama guiñándome un ojo y son-

riéndose, sin duda, a causa del sueño bello y absurdo que me había contado.

De pronto oímos un ruido, algo así como el de alguien que se da un golpe. Corrimos presurosos. Mi padre no había alcanzado a llegar al dormitorio. Estaba allí tendido, sin un movimiento. Un ataque cardíaco, según el médico. Usted podrá adivinar fácilmente lo demás.”

Y abajo, una post-data: “Mi madre me pide rogarle se venga por algunos días a casa. Eso la ayudaría tanto en su desdicha.”

HOTEL DEL MAR AMARILLO
o La Llave de las Albas

*"Oh tiempo! Tú has de desenredar todo
que no yo."*

W. Shakespeare.

Sí, el rumor del mar era el pensamiento más pegado a mí mismo, la atmósfera total de una idea sin salida. Aquella noche grandiosa me ofrecía la visión de un mundo resplandeciente, de un mundo a flote bajo un cielo abierto y en extraña consonancia con el sueño cruzado por hachas de las aguas solas, vaporosas, extáticas. Pero yo no veía más que una estrella negra un poco precipitada hacia cierto abismo donde una mujer pulsaba una arpa de brillo poco menos que penetrante. ¿Cómo vivía, cómo *soñaba* allí, entre las lunas extinguidas, entre hilos de oro tendidos en bello desorden? He ahí el rumor del mar, mi idea. He ahí el imán poderoso en acción directa contra aquella noche grandiosa, contra aquella noche de *afuera*, pegada al umbral de un lejano crepúsculo.

Me volví hacia los cerros. Las luces parpadeaban en una especie de desfile. Y ese parpadeo obedecía ciegamente a cierta música, a una especie de sinfonía ejecutada en las cumbres y a cuyo ritmo leve y severo se mecían también los barcos y los pontones anclados en la bahía o sobre un césped de inconfundible color amarillo. La música solía ascender y recortar el cielo con un vaivén de velero entre las nieblas y no era difícil contemplar el más bello desfile de sombras de camino a camino por la tenue transparencia de los cerros.

*

* *

El balcón de mi hotel era un balcón lejano y quien estaba acodado allí no era yo sino otro, quizás un hombre asomado de pronto hacia un abismo de aguas, de luz y de música. Un hombre en plena acción hacia los olvidos.

Pero he ahí que alguien entra a la habitación semi-obscura. A juzgar por la extraña brisa que se expande, no se trata sino de una mujer. Yo la veo, por supuesto, pero sin volverme. Está allí, como se dice, de una pieza. Su voz demora en salir y creo que es a causa de la fatiga que producen las escalas. Su cuerpo es transparente y puedo, siempre sin volverme, distinguir a medias la bola de cristal que es su pensamiento y algunas pequeñas chispas que son, sin duda, las palabras que pronto han de tocarme.

—¿Eh? —dice, al fin, la voz, un tanto sorprendida de hallarse afuera tan luego.

Pero yo he olvidado todo con facilidad y estoy atento al desfile de las sombras y a la música que lo conduce cerro arriba y cerro abajo. Ahora se ha agregado un viento tenue y de color que toca las cabelleras sueltas al pasar y que suele levantar un poco de polvo en el camino. Este polvo ha empezado a arremolinarse y ahora todos van desfilando con una túnica flotante. El mar ha perdido sus veleros, me digo.

Y la mujer sigue allí, de pie, transparente. Y me es dado oír, como por arte de magia, que un radio invisible transmite la *Marcha de la Coronación del Profeta*, de Meyerbeer, y que me olvido de todo entre la música que

bien pudiese haber sido la del desfile del cerro a cerro y que el joven viento nocturno me había permitido escuchar absolutamente para mí y como una manera de librarme del extraño encanto o del misterio de aquella mujer no poco sombría que seguía diciendo *¿Eh?* como desde el fondo de un abismo.

Una vez terminada la *Marcha de la Coronación*, pienso que debo hacer algo, que debo tomar alguna actitud. No es posible que mi olvido o mi memoria funcionen normalmente con la presencia inusitada de aquella mujer fantasma, de aquel sueño transparente tan bien dispuesto a no moverse ni a hacer caso alguno a mi necesidad de estar solo. Es decir, en buenas palabras, a mi libertad; que es, según se dice, la mayor de las conquistas del hombre. Pero no veo qué. Sólo atino a observar todavía el mundo mágico que se cimbra entre las aguas no poco amarillas y el movimiento coral de los cerros. Y si mi propio balcón es algo lejano, mucho más lejana parece mi alma un tanto atormentada. Y como toda persona decente, lo único se me ocurre, entre grandes gritos interiores de victoria, es bajar a la administración e interponer mi reclamo. Desde luego, pasajero que no reclame por algo en un hotel no es un pasajero.

Pero allí me llevo otra sorpresa.

—¿Dice usted que alguien se ha metido en su habitación y que es una mujer?

—Exactamente.

—Y bien, atienda usted.

El empleado hace algunos movimientos, para mí

inútiles, y se inclina sobre la mesa, por supuesto, preparándose para hablar en voz baja.

—¡Oh, qué dichoso es usted! *Madame* no lo habría hecho con otro. *Madame* tiene un tacto maravilloso. ¿Lo comprende usted? Quizás no. Es tan difícil para un hombre comprender la teoría de los imanes. El poder de la atracción mágica, he ahí un gran poder. Y sobre todo cuando la luna viene un poco amarilla, no blanca, amarilla, ¿comprende usted? Entonces las aguas del mar son un rumor y las almas guardadas por los imanes se hacen transparentes y caminan. *La Marcha de la Coronación*, de "El Profeta"... ¿Comprende usted? Tenga la bondad...

Entonces me hizo sentar y él se acercó un poco más, restregándose las manos y entornando los ojos.

—¡Es maravilloso! *Madame* no lo habría hecho con otro. ¿Comprende usted? Eso es todo, señor. Sí, eso es todo, mi señor. ¿Ordena algo para su habitación el señor? ¡Es maravilloso!

De dos saltos subí la escalera. "¿Comprende usted? ¿Comprende usted?" Y la cabeza me dolía más que de costumbre. "*Los imanes*". Cuando entré en mi pieza. *Madame* se había ido.

*

* *

Al día siguiente, a las ocho en punto, oigo dos o tres golpes en la puerta. Aun no era hora de desayuno,

al menos para mí. Ordeno que entren. Tres hombres vestidos de Palm Beach, tres trajes absolutamente iguales, tres sombreros de alas caídas, tres corbatas verdes con anchas rayas blancas, tres pares de zapatillas de playa. Etc. Una verdadera trinidad. El espíritu no santo, por supuesto.

Los tres se inclinan respetuosamente y con exageración. Me ruegan que me levante. Esperarán, vueltos hacia el mar. Y una vez que me he puesto la bata, les digo:

—Y bien, señores, ¿a quienes tengo el honor?, etc.

Y uno de ellos, cualquiera de ellos, da lo mismo:

—¿Cómo? ¿Es posible?

Y los otros dos, por turno:

—¿Cómo? ¿Es posible?

Yo me encojo de hombros. Pienso en *Madame*. En *Madame Infelicidad*, pongamos por caso. Y espero.

La trinidad se sienta. Enciende un cigarrillo. Las tres columnas de humo se dispersan por el aire y vuelven a juntarse para desaparecer con aquella horrible sencillez del humo. Y es una sola voz la que dice:

—Tendrá que seguirnos.

En ese mismo instante pensaba yo en los imanes y no me podía esperar semejante invitación no poco poli-cíaca.

—¿Podrían explicarme los señores?

—Exactamente. Tendrá que seguirnos. Eso es todo. Y había que hacerlo. ¡Oh, viejo Schopenhauer! El

mundo, la voluntad, etc. Si uno . . . Pero mi pensamiento fué cortado con un cuchillo.

—Prohibido pensar en voz alta.

—Sí, señor.

—Sí, señor.

Bueno. Todo parecía inútil y me rebelé. Digamos, me rebelé en cierto modo, pues salí al baño sin solicitarles permiso, lo que me produjo no poca satisfacción. La lucha empezaba y empezaba bien, porque nadie trató de interceptarme el paso.

El agua estaba tibia. Una molestia más. En verdad, el caso era casi ridículo. ¡Oh, *Madame!* Pero no pude proseguir. Tres golpes en la puerta del baño me instaron a apurarme. La trinidad se impacientaba. Y había que obedecerle.

Salimos. Un auto nos esperaba a la puerta. Instintivamente miré hacia el hotel y vi tras la mampara el rostro casi satánico del empleado de la administración. ¿Qué pensar? La cabeza me daba vueltas y nunca me sentí más cero que en aquellos instantes.

El auto se detuvo frente a un chalet de la avenida Jorge Washington, antiguo Cerro de las Zorras. Desde allí dí una última mirada hacia el mar, hacia las barcas pesquera y al viejo *Latorre*, gloria gris de la bahía. Una última mirada, no era poco pensar. Y nuevamente mi “¡Oh, *Madame!*”

La casa estaba lujosamente amueblada. Nos encaminamos, sin duda, a los dormitorios, en los altos. Efectivamente. Y allí me hicieron pasar. No exageraría nada si

escribiera me empujaron. Y bien, heme allí, recostado casi a viva fuerza en un lecho magnífico. Por supuesto, sin desvestirme.

—Y ahora, señor, a pensar o a leer. Aquí tiene libros, radio y un timbre de llamada que usted utilizaría inútilmente. ¡Adiós!

—Nada más. Y salieron, cuidando, como es de suponer, de dar una doble vuelta a la llave.

—¡Ah! —exclamé.

*

* *

¿Qué hacer? En el velador había un montón de libros. Empecé a revisar. *El Puritano*, de Liam O'Flaherty; *The Sacred Wood*, de T. S. Eliot; *París*, de E. Zolá; *Contes Fantastiques*, de Hoffmann; *Las Manos Juntas*, de Angel Cruchaga; *Para una Filosofía de la Persona Humana*, de Jacques Maritain; *El Habitante y su Esperanza*, de Pablo Neruda; *Tout a Coup*, de Vicente Huidobro; *Tratado de la Desesperación*, de Soren Kierkegaard; *Papá Goriot*, de Balzac; *El Blasfemo Coronado*, de H. Díaz Casanueva; *Mientras Yo Agonizo*, de William Faulkner; *Jesucristo*, de Pablo de Rokha; *Plaza de Alejandro*, de Alfred Doblin; *País Blanco y Negro*, de autor poco conocido, etc., etc. Una pequeña biblioteca para todos los gustos y disgustos. Pero, por ahora, no era ese mi asunto. Opté por el radio. Apenas hice girar el dial, he ahí otra vez la *Marcha de la Coronación del Profeta*, de Meyerbeer.

Coincidencia, por supuesto. Pero pasados algunos instantes volví a las andadas con el radio, y he ahí de nuevo, y por coincidencia otra vez la magnífica *Marcha*. ¿Qué podía ser eso? Y así por horas. Siempre el Profeta, nada más que el Profeta y su coronación. Confieso que pocas veces fuí tan feliz. Pero la felicidad aburre, ¿verdad? Me vi, pues, obligado a volver a los libros.

Pero mi pensamiento no estaba allí. Sin el Profeta yo era nada. Ningún libro podía retenerme de ir, por ejemplo, de calle en calle hacia ninguna parte y mecido, para empezar, por los nombres que ostentaban las tiendas o los restaurantes. Así, saliendo de mi hotel, brillaba en grandes letras verdes y negras la Perfumería Egipcia, que parecía ser todo un baño dionisiaco; y siguiendo por calle Cochrane, el Bar Baleares, cuya vitrina es un pequeño acuario muerto, extraña impresión de la que es posible librarse por entero entrando al American Bar, sitio no poco sombrío y en donde las voces golpeadas de ciertos porteños evocan más de algún barrio neoyorkino. Y he ahí, luego, la Plaza Echaurren, el Luna Park de Valparaíso, el lugar de los iluminados, de los perdidos para siempre, de los viejos lobos de mar, ahora mansos corderos cuyos ojos brillan hacia dentro alrededor del humo de una pipa salvada de veinte naufragios. Y el predicador gratuito no le va en zaga al charlatán de feria que, en vez de llevar en el cuello la palabra ardiente, lleva enrollada una pequeña serpiente o una vieja víbora que saca la lengua ni más ni menos que los perros de los suburbios. ¡Oh, Plaza Echaurren! Y desde allí mismo,

desde el Bar Lácteo o desde el Mercado derruido, nada más bello que seguir los pasos de alguna bella joven de rostro equívoco que desciende, eso es, que desciende hacia el centro, Plaza Sotomayor, Prat, Condell, Plaza Victoria, Avenida Pedro Montt, como si su alma despertara lentamente de un sueño desagradable y se dejara llevar, por ejemplo, hacia el Restaurant Jockey Club, donde alguien debe juntársele para la indispensable comida y para lo demás, el todo al compás del último dúo, violín y piano, que sea posible admirar ya en ciudad o puerto alguno de Chile (1).

Sí, yo iba de paseo. Mi prisión no me lo impedía. Yo me evadía, al menos, y el mundo que veía no era el que me acababan de poner frente a los ojos, sino el que yo tenía, el en que vivía libre o no de los jóvenes aventureros o de tanta Madame misteriosa. Sí, yo paseaba y el mar aparecía y desaparecía de pronto en cada bocacalle y me era dado admirar ya un mástil, una bandera, una chimenea, como un ascensor saludándose con el otro al subir o bajar. Y el sol, el gran sol de la mañana azul.

(1) Un año antes, en Enero de 1941, había estado yo de paso en la Residencial Escudero, en calle Independencia 1756, y mi habitación daba al respaldo del Restaurant Jockey Club. Y cuando don Luis, el propietario, apagaba celosamente las luces, menos la de la escala, y la residencial quedaba sumida en el mas espantoso silencio (todos los parroquianos y sus familias gustaban dormir a pierna suelta a buena hora para ir temprano a las playas), yo me quedaba algo así como una hora acodado en el balcón, mecido por los compases vieneses del dúo de violín y piano del Jockey. Su fuerte eran, me acuerdo bien, el viejo *Souvenir* para lucimiento del violín, y *Rumores de los bosques de Viena*, de Strauss, para lucimiento de ambos y, por supuesto, de mi no muy bien disimulada melancolía.

Respiraba a pleno pulmón, aunque tal vez como el subsidiario al contacto del rayo solar. Luego volvía a mi hotel. Salía otra vez. Y así.

Pero la realidad solía tocarme en la frente, como la palabra a los iluminados. Y la Verdad, por supuesto, sabía ponerse horrible.

*

* *

En ningún relato se lee a qué hora los personajes hacen sus necesidades o si comen o quién les ayuda en tales casos. Y, ciertamente, no hay ninguna necesidad de escribirlo todo. Se sabe que hay seres que carecen de medios, pero que se alimentan y duermen sin saber cómo ni dónde. Este es mi caso. A las horas de costumbre, mi prisión se abría y entraba un mozo vestido de negro con viandas apetecibles: leche, frutas, licores, cigarrillos, etc. Entraba y se marchaba sin hablar palabra alguna y sin mirarme. Un gran consuelo, pues yo no deseaba violentar a nadie ni violentarme. Así llegó la noche. Y con ella, muy vestida de gala, sonriente, perfumada, en resplandor celestial, *Madame*.

He dicho *la noche*, pero hay que entender la segunda o la tercera noche. Yo mismo no lo supe bien tampoco. Mas, volvamos a *Madame*. Entró, por supuesto, como la noche, sin llamar. Avanzó algunos pasos, como moviéndose en el aire, y con las manos en las caderas. Si hubiese venido fumando, la *parade* habría sido magnífica

y me hubiese visto obligado a creer en un número de variedades del *Roxi*. Me puse de pie.

—No, nada de molestarse, *monsieur*. La cosa es sencilla. Siéntese, siéntese. ¿Cómo va ese ánimo? ¿Estupendo? ¡Oh, la suerte de algunos hombres!

Y tomó asiento, a mi lado. Luego prosiguió:

—¡Y la vida! En fin, todo ha sucedido así. *Mis amigos* suelen ponerse insoportables. Lo más a menudo es a causa del juego. La suerte no les acompaña del todo. Y se aburren, naturalmente. Entonces recurren a mí. Los hombres son tan simples casi siempre. Para ellos la existencia debe ser con música. ¿Entiende usted? Nada con la soledad ni con el silencio. En cambio, nosotras las mujeres amamos la existencia tal cual es o tal cual se presenta. La música es lo de menos. Nosotras mismas somos la música, lo habrá oído decir usted. ¿Está claro?

—Señora, señorita...

—No, no. *Madame*, si usted gusta. Pero no me interrumpa, por favor. Las cosas le son demasiado adversas hasta aquí, de modo que es necesario ser prudente, discreto y descansar. El mar está demasiado cerca para agitar los pensamientos. Además, nunca se agitarán tanto como las olas. A propósito, ¿sabe usted si el pensamiento tiene color? Y bien, tal vez sea así, y por ahora es *amarillo*... Pero eso no tiene importancia. Bien, bien.

Hizo una pausa no muy breve, lo que me intranquilizó, pues yo no sabía qué hacer. Al fin, empezó a sonreír más o menos como un pájaro bate las alas, y luego estalló en una gran carcajada.

—¿No tiene nada que decirme? —interrogó.

—*Madame* —dije solamente.

—¡Oh, sí! —exclamó—. Hable usted.

Pero no pude decir palabra porque al instante se me echó al cuello y empezó a murmurar, a arrullar, a cantar, qué sé yo, en mis oídos, de tal modo que perdí un poco los sentidos y me dejé llevar por el entusiasmo. Indudablemente, no tuve más remedio que corresponder a aquellas efusividades de la mejor manera posible. Y tanto, que pronto destapé una botella de los magníficos licores que *los amigos de Madame*, sin duda, me habían enviado.

Madame era, pues, el amor en persona.

Y apenas empezó a resonar la ahora bellísima *Marcha de la Coronación*, del muy admirable Meyerbeer, y ya un poco tarde, el amor en persona se durmió tiernamente entre mis brazos.

*

* *

Cuando desperté al día siguiente sentí, primero, y luego me di cuenta exacta, que mi alma había huído con *Madame*, pues ninguna de las dos me acompañaba ya. Sí, *Madame* tenía razón: los pensamientos, como los sonidos, tienen color. Y los míos iban ahora del rojo al negro y al amarillo. Menos al verde, por supuesto. Pero la noche había sido bella, eso sí. Y me sentí con mejor ánimo para esperar lo que, sin duda, vendría.

Y eso vino a la media hora. La puerta se abrió, como de costumbre, sin que yo interviniese para nada. La cerradura obedecía a todo el mundo, menos a mí. Y he ahí, de un solo corte, sonrientes, espléndidos, *los amigos de Madame*.

Y la voz de los tres, al unísono:

—¿Qué tal, eh? ¿Magnífico?

Y se restregaban las manos con satisfacción. Yo ni los miré. ¿Para qué? Empecé a vestirme con lentitud y me fué agradable notar que mis nervios funcionaban perfectamente.

—Estoy listo, señores —dije al fin.

—¡Magnífico! —me respondieron.

Y como no hacían ademán alguno de moverse o de indicarme lo que debía hacer, les grité:

—¿Y bien? ¿No continúa la farsa?

—¡Vamos! ¡Vamos! —me respondieron, poniendo la mejor cara del mundo. ¿Y esos nervios, eh? ¡Malo! ¡Malo!

—¿Qué es lo que hay de malo?

—Nada. Absolutamente nada. Al contrario, todo va espléndidamente bien. Sabíamos que usted sabría portarse para que todo saliera así. Hasta casi le estamos agradecidos. Eso es, agradecidos.

Recalaron la última frase al mismo tiempo que se llevaron las manos al bolsillo de atrás y sacaron a relucir sendas pistolas cuyo brillo no me pareció ser el del sol, precisamente.

—Comprendo —dije, bajando la cabeza.

—Sí, somos persuasivos —respondieron.

Y luego:

—¿Sería necesario un plazo?

Seguí comprendiendo. Al principio quise resistirme. Pero luego empecé a ceder, avergonzado. Era claro todo. Yo había caído, no en trampa alguna, sino en los brazos de *Madame*, que venía a ser lo mismo. Dí una extraña mirada a los libros. A los objetos en general. La verdad, la *atmósfera* era especial. Y luego, el perfume de *Madame*, la existencia de *Madame*, el amor de *Madame*. “Ellos juegan”, pensé. “Y saben jugar, con las cartas y con las personas. *Madame* es el triunfo. La carta resplandeciente.”

¡Qué bello sería el día afuera! El sol estaría medio a medio de la bahía, sobre los barcos. Los pitazos se oían mar adentro. Una o dos lanchas de los buques de guerra desembarcaban marineros que se iban, contorneándose, cerros arriba. De repente una mujer y un saludo. No, había que ir hacia el mundo, hacia la vida.

—¿Y bien? —les oí preguntar.

—Y bien, ustedes dirán, *señores* —respondí con alegría y cólera al mismo tiempo.

E indicaron una alzada suma de dinero, como quien lanza un cumplimiento. La educación sobre todas las cosas.

—¿Se molestarán si les insinúo la idea de acompañarme a mi hotel? No llevo dinero encima.

—Indudablemente —respondió uno de ellos.

Los demás empezaron a pasearse por la habitación.

—Complicaciones —dijeron sencillamente.

—No habría manera —insistí.

—Tendrá que haber otra —respondió el mismo individuo.

En ese instante me di cuenta de que les había mentado. En mi billetera había más o menos la suma indicada por ellos. Traté de tocarla al través del vestón con el brazo. Allí estaba aún. Yo había pensado en *Madame*. Pero deseché la idea, sonrojándome. De todos modos, ella era el amor.

—Miente usted —dijeron de pronto.

Y se miraron con un aire de inteligencia.

—Es verdad —contesté.

Y me vinieron fuerzas extrañas para rebelarme. Por algo existía la policía, y hasta ahí yo había sido un ingenuo. Había que resistirse. Y dije en voz alta:

—Basta, señores. Son ustedes unos ladrones. Hagan conmigo cuanto quieran. La policía lo sabrá.

Pero me respondieron sonriendo:

—¿La policía? ¡He ahí una idea magnífica! Y muy oportuna. Justamente, la policía está a estas horas en el hotel. ¿Bajemos?

—Al momento —dije, pero casi sin sentidos, pues aquello me pareció algo singular.

Y bajamos al vestíbulo del hotel.

Sentí que el aire era nuevo, aún allí, y el pecho se me ensanchó con alegría.

*

* *

Efectivamente, había allí mismo dos agentes de policía. Conversaban con ceño adusto con tres individuos mientras, naturalmente, tratándose de policías, los mantenían rodeados y a prueba de seguridad.

—He aquí a los señores agentes, dijeron *los amigos de Madame*.

—Señores agentes —dije—. He aquí a estos caballeros que pretenden...

No pude decir más. Uno de los policías se volvió hacia mí y me interrumpió encolerizado:

—¿Más contratiempos? ¿Qué se imagina usted?

—Eso es —dijo el otro—. ¿Qué desea usted? ¿Entorpecer también la justicia? ¡Basta ya, señor!

—Perdonen ustedes —insistí, bastante turbado y sin comprender—. Pero es que...

—¡Basta, señor! —me respondieron a un tiempo los agentes. Y volviéndose hacia los tres amigos de *Madame*:

—¿No lo creen ustedes, señores? Es bastante lío ya.

—Efectivamente —contestaron los aludidos haciendo una leve reverencia.

—Adiós, entonces —dijeron, respondiendo a la venia y sin mirarme. E indicándoles el camino, hicieron andar a los tres detenidos a quienes ya habían colocado las esposas.

Yo pensé en el mar, en el sol, en el mundo. Pero eso duró un instante, pues me interrumpió la voz de los tres ladrones, amigos de *Madame*:

—Y bien, adiós, señor. Y muchas gracias.

Y poniéndome a viva fuerza sus respectivas tarjetas en mis manos, se alejaron de una pieza, esbeltos, sonrientes, satisfechos.

*

* *

Me quedé allí, petrificado.

Luego se me acercó un señor vestido de negro, más bien dicho, porque él era, el administrador del hotel.

—¿Me perdona, el señor? ¿Fué quizás, también, víctima de ese trío de timadores?

Entonces lo comprendí todo. Los últimos tres ladrones fueron la salvación de los primeros tres. Sin esa dichosa circunstancia las cosas hubieran cambiado por completo.

—No, no. Pero, usted comprende, la sorpresa...

—Realmente, señor. Nada más lamentable para nosotros. Imagínese usted, tales cosas en el mejor hotel del puerto. ¡Realmente, señor!

—Sí, sí, *realmente*, amigo —respondí sin saber cómo y me dirigí apresuradamente a mi hotel.

A la vida, al sol, al mar.

*

* *

Sólo allí se me ocurrió echar mano a mi cartera. La abrí ávidamente. Mi dinero estaba casi intacto, pero junto a una tarjeta: "*Un pensamiento de color sin color, que*

estimo propicio para mí, me ha obligado a salvarlo a tiempo de un adverso destino. Debe tratarse del color del amor. Gracias. No me llevo más que lo suficiente para el taxi. Alguna vez nos encontraremos. Adiós. —MADAME HIRONDELLE.”



DIONISIO ARCHIPRESTE
o La Llave del Crimen

*"Aguárdame allí; no dejaré de reunirme
Contigo en ese Valle hueco."*

Obispo KING.

“Buena suerte, amigo —le dijo el gendarme—. Espero no verlo otra vez por aquí.” Dionisio sintió muy adentro esa despedida. Alguien le tocó el corazón con una aguja y evocó el día y el instante en que la miseria lo hizo hincar el diente a un trozo de pan duro y a unos tomates podridos. Ninguna bajeza más grande. ¿Y no era también una bajeza de ese estilo, una aguja clavada en el corazón, esa despedida un tanto sincera y un tanto burlona? “Es tu vida —se dijo—. Es tu vida y nada te impide mirar de alto abajo a las gentes, tener su corazón en el hueco de las manos, escupir a sus pies, castigar con una mirada hueca y saberte otro a millas de distancia.” Quiso contestar a esa especie de parabienes, pero su cabeza estaba demasiado ocupada por otras cosas, bastante ligada a un pensamiento fijo, a un tiempo amenazador. En algunas partes hay jardines a cielo abierto, a sol libre y algunos hombres se pasean o descansan en un banco o batallan por librarse del sueño, tanta es la dicha que dan ciertos instantes y ciertos sitios sin puertas de hierro ni gendarmes. “Puedes guardarte tus palabras, hijo de nadie. Puedes hacerte con ellas un rosario o una corona. Para mí es lo mismo. No es bello tu jardín enrejado, ni nadie envidiaría tan pobre destino. Mano en tu mano, es el acto más asqueroso. No me bebería ni media pilsener en tu compañía, ni trataría de detener en el aire el puñal que alguien pudiera arrojarte en mi propia cara.

Carne de cerdo, eso eres. Te deajo. Te digo adiós de malas ganas. Y te escupo.” El estruendo de un microbús a toda velocidad lo detuvo repentinamente al atravesar la calle. “¡Diablos!”, exclamó fuera de sí y prosiguió la marcha no sin antes volverse a medias hacia el edificio gris de la cárcel.

La ciudad tiene diez años. Es decir, hace diez años que la dejaste afuera. El sol bien puede ser el mismo. Pero el aire que la cubre, el espacio que la sujeta, están recién lavados y seguramente la primavera acaba de hacer desfilar por las calles a sus trompeteros. Lo dicen las casas, los árboles, las torres, el pavimento y el bello secreto lo guardan para sí la mirada despierta de los hombres y el paso de conejo de las mujeres. ¡No ver una, Dionisio! Ni por nada del mundo. Las rejas no están lejos y no muy lejos debe andar aún aquella cabeza loca de Irene Bal-dura. Ni muy lejos estará tampoco tu amigo querido. Ni tampoco, ¿por qué no?, el cadáver de aquella noche, *tu muerto, tu hombre asesinado*, según el juez Leyton. ¡Qué pequeño es el mundo! Todo sigue lo mismo. El drama no ha envejecido. Parece que acabas de entrar al cabaret y parece que acabas de estar con Irene; parece que acaban de matar a *aquel hombre* y parece que acaban de prenderte. El café amargo y humeante de la prisión está allí aún y espera que alargues la mano.

El pensamiento de Dionisio Archipreste es ese café. Hace esfuerzos por respirar profundamente para sentirse libre, para darse cuenta de que nadie lo espía, de que nadie se pasea en sueños por una galería, de que nadie sus-

pira o grita en el fondo de una celda. "Los presos tienen otro sol." Es un sol apenas tibio que ha pasado por la oficina del alcaide, ha firmado en un libro de muchos borrones y ha sido llevado al patio por un gendarme. Entonces el sol se despereza, da algunos pasos, hincha los pulmones enfermos y brilla, al fin, tanto como una estrella. Los presos sienten que el sol ha llegado y empiezan a entibiarse como pueden. "Sí, como comer pan duro y tomates podridos."

*

* *

El cuarto de hotel es como todos. La noche anterior ha debido estar allí una pareja. Ha sido por algunas horas. Nadie mejor que esas parejas saben que el amor no es sino una breve eternidad. Lástima que se hayan solazado entre esas sábanas. Han sido remojadas y planchadas en la mañana. De eso no hay duda. Abre la cama. Toca. Bien puede ser. Tierra húmeda, pero sin olor penetrante de la tierra húmeda. Ni una brisa. Solamente un olor lejano a leña, a carbón, a plancha caliente. Cantaban desmanchándolas.

Se quitó el paletó y se tendió en el lecho. La pieza da a la calle, por lo tanto el hotelero ha obsequiado el ruido. Y si el huésped no carece del todo de imaginación, puede desechar pensamientos confusos, ideas amargas. Los pequeños muebles permanecen impassibles a pesar de tantos secretos. Los cajones estarán vacíos. Un poco

de polvo. Pedazos de papel. Restos de periódicos. Algún trozo de jabón. Una horquilla olvidada. Y sobre todo un olor a género o metal, más que a madera.

Al anocheecer salió. En la escala se topó con una joven de mirada alegre y tal vez con unos deseos terribles de hacerse amiga de alguien. "Ese alguien no soy yo, Sonia. Por algo así como tú se ensombreció mi vida. Yo amaba a las viajeras, a las que se da en llamar "las desconocidas". Yo amaba la aventura. Cada día una mujer. Y un poco el juego. Mujeres y cartas. Cada noche la angustia de algunas monedas mías que se iban o la dicha de algunas monedas ajenas que venían hacia mí. Y con eso, y en eso, el amor. El eterno amor de una noche. Pero yo no soy ese alguien, Sonia." Cruzó la calle y miró. *Hotel Arco Iris*. ¡Hum! No está mal. Y se encaminó al restaurant.

*

* *

A la vista del primer plato pensó que antes de nada debió tratar de comer. Pero aquella horrible comida universal de la prisión duraba para mucho. Qué hacerle. "Cada cosa a su turno." La fruta le refrescó el estómago y el vino le pareció una lenta llovizna a cabeza descubierta. Dejó el importe justo de la cuenta. Pero al instante revolvió la billetera y agregó un billete de diez pesos. "Allá me dieron algo alguna vez", pensó. "Hay que devolverlo en parte." El mozo le dió emocionadamente las gracias. "Otra vez los gendarmes", dijo y salió.

La noche era agradable. Se echó a andar sin sentido.

La repentina placidez le trajo algunos recuerdos. Evocó su Casaslilas, el pueblo industrial y minero. Los duros trabajos y las excelentes horas en el club de entretenimientos. Entonces su vida se deslizaba. Ni muchos contratiempos, ni ambiciones en exceso. Nada lograba adherirse a sus costumbres o a sus sentimientos. Era casi el último de la familia Archipreste. Alguna hermana vivía en la ciudad. Los padres estaban bien muertos en su memoria. Y todo era color azar. Trabajo y distracciones, a veces peligrosas. El aburrimiento llegó pronto, por supuesto. Y abandonó Casaslilas. La capital era la vida. Y el hechizo cosmopolita lo inclinó más hacia sus gustos y preferencias. "Una vida de rata", se dijo. "El hombre cree haber salido del hoyo. Mentira. La tierra lo sigue. El polvo lo alienta y lo complace. Hábitos, relaciones, quehaceres. Inútil. La luz aburre. Salvo si se tiene dinero. El dinero da la virtud, ya se sabe. Se tiene ideas. Viene la moral. Los prejuicios. Se forma la costra y he ahí al hombre de valer. El hombre de respeto. El hombre de sentido común, de responsabilidad. Ningún acto despreciable en esa comedia. "Pero siempre lleva su vida de rata."

A menudo pensó volver a Casaslilas a vivir como antes y a congraciarse con los huesos familiares. Pero eso le resultaba absurdo. La ciudad tenía sus luces, su drama profundo. La rata no era rata y podía pasar por un ser humano fácilmente. La vida nocturna era un paraíso. Las mesas de juego cantaban y las mujeres cultivaban cómodamente su jardín. Y había que volver a eso. Los sue-

ños de la cárcel fueron en su generalidad horas junto a las cartas. Ganaba en abundancia. Y amaba.

Pero ahora había otro asunto.

*

* *

Un hombre pasó por su lado. Dionisio se estremeció, pero no se volvió a mirar. "Es él", se dijo en lo profundo. Y lo había olvidado. Es curioso. Las cosas se encadenan. La trampa empieza a funcionar. El mismo la busca sin darse cuenta. Llegará hasta ella. Y caerá. Lo juro, no pensaba en él ya. Pero ahora comprendo que sin la existencia de ese hombre no habría valido la pena haber dejado la cárcel. Era su idea. "Lo volveré a encontrar. Nada lo impedirá ya. No necesito buscarlo ni seguirlo. Lo volveré a encontrar."

Dos horas después, helo ahí de nuevo frente a él. Jugaba desesperadamente y ganaba. La ciudad tiene sus bellos paraísos, sus escondrijos sublimes. Imposible extrañarse del todo. La vida termina y recomienza. Una cara hoy y la misma cara cien veces después. Una mala jugada y muy pronto la que deja a la paz. Nada se escabulle. Todo es horriblemente real. Ahí estás y yo te veo. Tú también me ves y me sientes. No necesitas mirarme. No necesitas saludarme con una sonrisa ni con un ademán de paz. Yo estoy detrás de ti. Estoy en el movimiento de tu ser entero y estás condenado a llevarme irremediabilmente sobre tus hombros. Todos tus pensamientos pasan primero

por mí. La carta que no arrojaste la detuvo mi pensamiento y la que te dió el triunfo fué cogida por mi mano. Sonreíste con mi sonrisa. Y cuando te levantes de ese asiento, seré yo quien se levante y yo mismo quien camine fuera de aquí hacia alguna parte que no será sino la que yo indique y lo que ha de sucederte será solamente lo que yo mismo ordene.

Goza, hermano mío. Roe, gusano alegre. Hártate en tu queso, querida rata. El mundo es bello. Cuando se vive a golpes de azar, se sueña. Y es bello soñar. Goza, rata. Has sabido conseguir gran parte de lo que te niega tu destino. Has sabido jugar a la coartada. Tu genio malo no te ha dado sino satisfacciones. No necesitabas perderme así no más. Yo hubiera callado y ambos habríamos compartido el contratiempo. Yo no te hubiera vendido, hermano. En fin, eso pasó. ¿Entiendes? Ahora hay que seguir. La vida es bella. Detrás de cada minuto hay un arco iris para la tempestad. Si hay sol, tú eres el nublado; si no hay sol, te lo procuras. Fantástico. Vaya uno a saber lo que decide tu cabeza de animal en acecho. Sé que hay una víctima en tu conciencia. No has sido capaz de tener otra. Un inocente. La dura tierra lo cuida y tú no lo recuerdas, sin duda. El muerto sigue de viaje y yo detrás. No importa gran cosa la soledad de la prisión. Yo debía ser el inocente. Lo soy. Pero lo importante es aquel muerto. Tu mano lo cortó en flor y ni siquiera sabías su nombre. Yo tampoco. Pero la justicia me escogió a mí. Yo fuí su amante. Había que castigar y castigaron. No importa a quién. El muerto va de viaje

y yo lo sigo. Nada harán sus manos sobre tu cabeza o tu cuello; pero las mías te siguen el rastro. Las mías no conocerán el olvido. Tu cuello las llama. No, esa carta no. Ten cuidado. Esa otra. Debo cuidarte. No quiero que te martiricen. ¿Comprendes? La vida debe sonreírte. Debes seguir triunfando. Eres el favorito de los dioses y debes tener el corazón radiante. ¿De qué me serviría disponer de una vida en ruinas.

Bien. El azar está contigo. Tu rostro se ha animado. Tu mirada brilla. La dicha. Sí. Pero yo puedo ausentarme un poco, a pesar de tener las manos sobre ti. En alguna parte resuena un tiro seco. La calle está un poco sola. Los focos eléctricos juegan con las copas de los árboles. El aire es suave. No, todavía no. Primero hay que saber de dónde viene ese ruido. Alguien golpea la madera. Alguien clava un ataúd. Alguien cava un hoyo y mira el hueco. "Justo. No fallo. Los muertos tienen todos la misma medida."

*

* *

El hombre se retira de la mesa de juego y sale a la calle. Nunca la noche fué más agradable. Un coñac vendría bien. Ahora hay dinero. Por supuesto, un whisky. En "El Dragón" es bueno. El del "Santiago" es óptimo. Pero está lejos. La calle Bandera es más alegre. El centro es un funeral. Bien, entonces al "Dragón". Es hora de que Irene esté allí. Eso es una mujer. Nunca

tuvo otra mejor. Bella hasta la locura. Y sabe. Una princesa. Apenas si le nota el "aura" a Avenida Matta, donde nació. ¡Oh, la vida!

Sí. El muerto va de viaje aún, pero yo te sigo. Tu whisky será mi whisky. Irene no vendrá esta noche. Mi voluntad no lo quiere. ¿Entendido? Pero tendrás tu whisky. Es necesario que yo te cuide. Es preciso que yo te consuele de la ausencia de Irene. La princesa tiene una cita con Rubén Darío. No te preocupes. Ignoras de quién se trata. Lo ignoras todo, si me permites. En la cárcel se aprenden muchas cosas. Allí sabe uno que leer no es tan cochino. Allí saborea uno todo el pasado. El manjar y el pan con tomates podridos. Todo viene a la memoria con facilidad. Se vuelve a ver a los muertos. Desagradable. Sobre todo a aquellos que la justicia le ha colgado a uno. Perdona la licencia del lenguaje. Y uno se hace amigo de ellos. Ninguno clama venganza. No. ¿Para qué? Ellos saben que siempre hay alguien que los vengue. Los asesinos tienen larga vida, pero el hueco espera.

Y el hombre espera en vano. Irene no vendrá. Alguien se lo dice al oído. Por ideas, por supuesto. El cuerpo le flaquea. Habría sido maravilloso. Sí, maravilloso. Hay otras mujeres. No, no es lo mismo. Hay el amor y cosas que se parecen al amor. Irene es una de esas cosas. El cuerpo sigue flaqueando. La cabeza zumba un poco. El fastidio empieza a rondar. El fastidio bien puede ser un hombre que molesta con su historia o la zalamería de una

mujer repugnante. O la nada. El vacío. Puede ser tantas cosas a la vez y justamente cuando todo pudo ser distinto. Y bien, todo se ha echado a perder. Hay que salir. Hay que buscar otro sitio. En otros tiempos ya habría un amigo a su lado. Ahora todos se han apartado. El mismo los ha apartado. La desconfianza es necesaria, en ciertos casos. A veces se va la boca. Se habla de lo que no se debe hablar o le dicen a uno lo que no le deben decir. Bueno, también se piensa lo que jamás se debe pensar. Abandonar la noche, por ejemplo, e irse a casa.

*

* *

Eso es. Hay que dejar pasar una trasnochada. El lecho espera. Se puede beber, escuchar música y luego dormir. La conciencia es un cielo plácido. Eso es. Además, hay que pensar en algunas cosas. En Dionisio Archipreste, tal vez. El tiempo se cumple. Por esos días Dionisio puede abandonar la prisión. Algo desagradable, muy desagradable. Hay cuentas, errores, ligerezas. ¡Pobre muchacho! Pero uno no se puede dejar coger, menos si las circunstancias favorecen. Curioso asunto. Todo estuvo contra él. Y a la larga, ¿cómo ibas a gritar tu crimen, a rogar que te creyeran, si la justicia no te lo exigía? En estas cosas se necesita un asesino. Cualquiera, para el caso, da lo mismo. Y los pesquisantes hallaron a uno. ¿Qué más? ¿Cómo enfrentar la infalibilidad de un juez? ¿No es terriblemente justo? Dionisio se dará cuen-

ta. Por supuesto. Pobre muchacho. Se lo explicaré todo. Me oirá. El daño está hecho. Ahora puedo ayudarlo, pagarle ese servicio. Hasta puedo hacerlo dichoso. El no sabe entendedérselas con el dinero, ni con los hombres, ni con las mujeres. (Bueno, lo de Irene fué feo y lo tendrá que comprender.) Siempre lo hice todo yo. Lo seguiré haciendo. Le enseñaré a hacer lo que se debe hacer y lo que no. Y en paz.

Sí, en paz, amigo mío. Y yo sé qué clase de paz. Lo comprenderé todo, no faltaba más. Creo que te daré un fuerte abrazo y hasta te daré las gracias por haberme tenido allí. Pero sigue tu camino de regreso. El retorno. La noche es espléndida. El barrio se extrañará un poco, ciertamente. No acostumbra verte llegar a tales horas. Aún hay gentes en los negocios y en la puerta de las casas. Lo malo es que se sabe más de lo que se debe saber y eso será siempre un contratiempo. Pero tú no tienes por qué preocuparte de tan poca cosa. La noche es un sueño.

*

* *

Y la vida también, ya se sabe.

Pero Dionisio sólo sabe una cosa: que el hueco espera. Y a veces, apura. El asesino no irá al lecho acogedor; ni beberá, ni escuchará música. No tendrá tiempo. El mundo se ha cerrado de súbito. La claridad es grande, sin embargo, y solamente para ver pasar de cuerpo entero a aquel que camina a su fin. Ahí está la esquina propicia.

La misma esquina donde en otro tiempo vivía una joven asomada al balcón. Ahora se detiene allí un carruaje. Desciende la joven con un acompañante. Luego la puerta se cierra con estrépito. Con estrépito, ni más ni menos que como se derrumbará el asesino dentro de algunos segundos. Eso es, dentro de algunos segundos y cuando el disparo corte secamente la parte baja de la noche.

"...Y tras el bocado entró en él Satanás", dice San Juan.

FIN



I N D I C E

- | | | |
|-----|---|----|
| I | ANA LÉNQUIN, O LA LLAVE DE LA NOCHE | 7 |
| II | LOS EXTRAÑOS VISITANTES O LA LLAVE DE NUNCA JAMÁS | 35 |
| III | HOTEL DEL MAR AMARILLO O LA LLAVE DE LAS ALBAS | 67 |
| IV | DIONISIO ARCHIPRESTE O LA LLAVE DEL CRIMEN | 87 |

